

La máscara del otro



Elissa Landi
Ronald Colman

EDICIONES
BIBLIOTECA FILM



LA MASCARA
DEL OTRO

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER
DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN
ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70657 - Barcelona
AGENTE DE VENTAS
Sociedad General Española de Librería - Barbarrá, 16 - Barcelona

EDITORIAL
"ALAS"
Publicación semanal

Año X

Núm. 139

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

Imprenta Comercial - Valencia, 234 - Teléfono 70657 - BARCELONA

La máscara del otro

Una novela, donde el amor, la abnegación de una
santa mujer ve al fin compensados todos sus
sufrimientos y todos los desprecios del hom-
bre a quien amaba, con la pasión que al fin
nace en su corazón, abriendo ante ella
un horizonte de paz, de dicha y de amor.

Creación de

RONALD COLMAN

DISTRIBUCIÓN:
Artistas Asociados
Director: D. Eduardo Gurt



Rambla Cataluña, 62
BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

Juan Loder	RONALD COLMAN
Juan Chilcote	RONALD COLMAN
Eva	ELISSA LANDY
Diana	Juliette Compton

Basada en la novela de
Katherine Cecil Thurston

Dirección
Richard Day

Producción
Samuel Goldwyn

LA MASCARA DEL OTRO

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELICULA

UN FRACASO POLITICO



URANTE varias generaciones, la familia Chilcote había sido en Inglaterra una familia de políticos famosos. Parecía como si el talento de uno fuera heredándose por los otros y los triunfos políticos del partido político en el que militaban estaban asegurados con sus intervenciones. Cada vez que un Chilcote se levantaba en la Cámara, sus adversarios sentían la inquietud propia de los que se consideran inferiores al enemigo.

Era proverbial en todo el reino que los Chilcote podían subir o derrum-

bar un Gobierno con una de sus famosas intervenciones.

Para los Chilcote no era medro material el que los impulsaba a su actuación política, poseían una gran fortuna y su actuación se debía a un gran amor patrio y a un deseo de que el nombre de Chilcote no desapareciera jamás de la Cámara de Diputados.

El último de la familia era Juan Chilcote, poseedor del mismo talento que los de sus antepasados, pero del cual no sabía hacer uso alguno. Sin el menor inconveniente había sido nombrado jefe político de su partido, había heredado aquella jefatu-

NARRACIÓN DEL FILM POR—

MANUEL NIETO GALAN

ra con igual facilidad que heredó la fortuna de sus padres y si bien en algunas intervenciones suyas demostró ser tan gran orador como lo habían sido sus antecesores, en cambio en su vida privada dejaba mucho que desear.

Era un hombre de unos treinta años, impulsivo, tenaz en sus ideas y para quien la vida se le ofrecía con un horizonte plenamente despejado. Su carácter huraño, agresivo en muchas ocasiones, le hacía ser un hombre peligroso, en sus arrebatos y muchos de los que fueron grandes amigos de su padre, fueron retirándose de su lado, comprendiendo que la conducta de Chilcote no respondía en todo al prestigio del nombre que llevaba.

Jamás se detuvo en pensar sus decisiones y las realizaba con una inconsciencia impropias de un hombre de su cultura.

Sus primeros triunfos políticos, antes de que nadie pudiera darse cuenta de su carácter, causó la admiración de todas las muchachas de la alta sociedad inglesa y entre ellas, la única a quien distinguió Juan Chilcote fué a Eva, una preciosa chiquilla de veinte años, que era más digna de admirar por su talento que por su belleza.

Eva era la encarnación propia de la bondad y de la dulzura. En sus la-

bios se dibujaba constantemente una sonrisa y su carácter humilde, propenso siempre a ceder se advertía una nobleza de sentimientos difícil de igualar.

Desde el primer instante en que conoció a Juan Chilcote, sintió por él una admiración tal que pronto se trocó en un amor que absorbió por entero a la joven. Ansiaba los momentos de poder hablar con él, que ella consideraba un gran hombre y cuando supo que él estaba enamorado de ella, cuando comprendió que su amor era correspondido por Juan su alegría no tuvo límites. Aquella era para la joven la realización de sus sueños amorosos y trémula de emoción consintió en casarse con el célebre diputado.

Los primeros meses de matrimonio fueron para los dos como el renacer a una nueva vida, a una existencia desconocida por ambos hasta entonces. Jamás se les veía separados y cuantos los conocían ponían aquel matrimonio como modelo de dicha y de ventura.

Pero desgraciadamente aquella felicidad debía durar poco. Juan no era un hombre capaz de conservar un sentimiento noble durante mucho tiempo y al año de casado su esposa empezó a advertir que el amor de su marido no era el mismo de siempre. Luchó con todas sus

fuerzas para reconquistarlo, sin saber a que atribuir las causas de aquel desafecto, pero por más empeño que puso en ello no pudo evitar que las discusiones se suscitaran y que finalmente la ruptura se hiciera imprescindible. Temió en un principio Eva que fuera el amor de otra mujer el que se lo robaba, e indagó hasta asegurarse de sus sospechas. Era precisamente una amiga suya, una mujer que ya de soltero había perseguido a su marido, quien con sus artes provocativas y su descaro había conseguido adueñarse de la voluntad de Juan hasta convertirlo en un esclavo suyo y lograr que abandonase a la esposa, sumisa y enamorada, que lloró por mucho tiempo la inmensa desgracia que para ella representaba el alejamiento de su esposo.

De no haber sido Juan una figura en la política el divorcio los habría separado para siempre, pero para evitar murmuraciones, para no deshacer la vida política de su marido, Eva se avino a aquella separación táctica, sin que entre ellos mediara la más leve explicación.

La joven, para evitar los encuentros con su esposo, para no dar lugar a ser la comidilla de los centros de sociedad, se alejó voluntariamente de las reuniones y se recluyó en su casa, como si la verdadera culpable de

todo cuanto pasaba en su matrimonio fuera ella misma.

Juan, atareado con su política, ni siquiera pensó un instante en la mujer tan adorable que abandonaba, y su amiga supo darse trazas para hacerle comprender que todo cuanto ocurría era imputable a su esposa.

El alejamiento de aquellas amistades que Juan había considerado más fuerte, se lo achacó a la intervención de su esposa, y desde aquel momento, no ya desamor fué lo que sintió por ella, sino casi un odio que rompió en absoluto con las pocas relaciones que aún existían entre ellos.

Cansado de la vida plácida, buscando emociones fuertes, Juan Chilcote cayó en la tentación de las drogas heroicas y su organismo de por su fuerte y robusto, sintió pronto los efectos del estupefaciente que lo aniquilaban. Día por día se veía a aquel hombre ir perdiendo sus fuerzas y sus intervenciones en la Cámara dejaron de tener aquella fuerza de otras veces y empezaron sus fracasos.

Precisamente en aquella época, el partido traía una lucha contra el Gobierno actual. Eran tiempos de crisis y el partido del que era jefe Juan esperaba que una intervención de éste derrotara al que gobernaba.

Pomposamente se había anunciado un movido debate y el día en que éste tenía que tener lugar, las

tribunas del público y la de los invitados, aparecían repleta de público que esperaban de Juan Chilcote la rehabilitación de sus fracasos anteriores. Todo el partido en el que militaba estaba pendiente de aquel debate, que había de darle la supremacía sobre el que gobernaba o hundirlo nuevamente. Era el momento más crítico por el que pasaba el partido y los diputados que componían el partido de Chilcote demostraban una confianza plena en la actuación de aquel día de su jefe.

Cuando el Presidente de la Cámara le otorgó la palabra a Chilcote se hizo un silencio general en toda la amplia sala. Se esperaba uno de esos discursos que quedan grabados en la historia y Juan Chilcote, visiblemente emocionado por la expectación que había, se levantó hablar y comenzó diciendo:

—No viene el partido que yo represento a esta Cámara en son de súplica, sino de mandato. Tenemos derecho a exigir lo que necesitan nuestros electores. Pan y trabajo... Eso es lo que pedimos. Hemos librado a la nación de un desastre con nuestra anterior actuación y he tomado antes precauciones para no obrar irreflexiva y precipitadamente. No es que nos hayamos de dejar influenciar por nadie, es la misma Historia la que nos demuestra que debemos inmis-

cuarnos en las leyes económicas... Su Señoría ha recusado nuestro programa y nuestra respuesta es que debemos interesarnos en las urgentes cuestiones que exigen nuestra dirección de la política, seguro de que nuestros problemas internos se resolverán fácilmente con nuestra actuación en el poder. En esta gran crisis... En esta hora... En esta hora...

Su voz dejó de tener la energía habitual, se debilitó rápidamente y aun cuando trató de hacer un gran esfuerzo, nada consiguió. Sintió que sus fuerzas le abandonaban, que una nube espesa se interponía ante sus ojos, las sienes le latían fuertemente y de pronto un desvanecimiento le privó por unos instantes del sentido.

Cayó pesadamente sobre su sillón y los demás diputados que estaban junto a él se apresuraron a prestarle ayuda.

Entre varios lo sacaron al bar de la Cámara, mientras que en el interior de ella se comentaba desfavorablemente el accidente ocurrido a Juan Chilcote, igual al que en otras intervenciones le había acaecido.

Todos estaban en el secreto de cuál era el motivo de aquel desvanecimiento, todos sabían el vicio que interiormente iba minando el organismo y las facultades mentales de aquel hombre.

Todos esos comentarios, todas

aquellas murmuraciones llegaron ya a oídos de los subjeses del partido. Lakely y Fraser, quienes indignados, salieron al bar para ayudar a Juan. Mientras éste era auxiliado, Lakely que era el director del periódico del partido, le dijo a Fraser:

—De todo esto tenemos la culpa nosotros. Ya dije yo que no se podía confiar en Chilcote.

Fraser calló sin encontrar una excusa para su amigo. Se veía constantemente asediado por las reclamaciones de sus amigos políticos que le exigían la dimisión de Chilcote desde que corrió la voz de que se entregaba al uso de los estupefacientes.

Varias veces había tratado Fraser de hacerle comprender que su vida dejaba mucho que desear, pero el carácter de Juan no era propicio a admitir consejos de nadie y menos aun del que él consideraba inferior en posición y talento.

Cuando recobró Chilcote el conocimiento, Fraser lo llamó aparte y le dijo enérgicamente:

—¿Lo ha visto usted?... Así es imposible seguir... ¿Qué excusa da ahora?

Verdaderamente Juan comprendía que no había excusa para su forma de proceder. No podía él jugar de aquella forma con la suerte del partido del que era jefe, pero sin em-

bargo, pretendió disimular su estado y se excusó diciendo:

—Los nervios... Sólo los nervios...

—Pero a la prensa contraria no satisfará esa explicación.

Juan vió a Lakely y se dirigió a él, diciéndole:

—Lakely, diga en su periódico que estoy fatigado, agotado, etc... Hablaré mañana.

Fraser lo miró severamente y como quien da un ultimatum, le dijo:

—Está bien. Una vez más le daré ocasión a rehabilitarse. He sido muy paciente, pero no puedo comprometer por más tiempo la suerte del partido. Mañana, a las nueve, iré a buscarle y confío que el lamentable incidente de hoy no se repetirá.

Se volvió hacia el director del periódico y le ordenó:

—Publique unas declaraciones de Chilcote diciendo que prepara su discurso para mañana.

Y sin despedirse siquiera de Juan, salieron los dos amigos, dejándole a él en el bar. Al verse solo, Chilcote se dirigió hacia la puerta de la Cámara y antes de llegar a ella se encontró con Brock, su antiguo sirviente. Era éste un hombre que desde pequeño había servido en la casa de los Chilcote. Conoció al padre de Juan y el cariño que sentía por éste era verdaderamente paternal. Sin más cariño que el de su amo, Brock

sentía en lo más íntimo de su corazón la pena que le producía la conducta de su amo y cuando aquel día le vió en aquel estado corrió al bar, por si acaso hacían falta sus servicios.

Al ver que salía de la Cámara, se acercó a él y le dijo cariñosamente:

—¿Llamo al coche, señor?

—¡No! — respondió secamente Juan—. Quiero andar un rato.

—¿Con esta niebla?—preguntó el criado.

Chilcote le miró severamente y luego le respondió:

—¿Te importa mucho?

El criado, cortado por aquella respuesta, se limitó a decirle humildemente:

—Cómo el señor ha estado enfermo, creí...

—Pues has creído mal... Adiós.

Echó andar ya por la calle y sin rumbo fijo. En su pensamiento reconstruía cuanto acababa de sucederle y en vez de culparse a sí mismo por lo sucedido, culpaba a Fraser, que era el que le obligaba a aquellas actuaciones en la Cámara.

Tan distraído iba en sus pensamientos que ni siquiera se dio cuenta de que otro hombre venía en sentido contrario y que tropezaba con él. Cuando chocó con el desconocido, se indignó diciéndole:

—Mire por donde anda, idiota.

El otro, a quien no le pareció muy bien el insulto que le dirigió el diputado, le respondió agresivamente, diciéndole:

—Cuidadito con la lengua, si no quiere...

Pero en aquel momento se dio cuenta de que era Juan Chilcote y cambió el tono de su voz y le dijo amigablemente:

—Oh, perdone, primo Juan.

—Cómo primo Juan? — exclamó molesto por aquella confianza.

—¿Le sabe mal que seamos primos?—le preguntó burlonamente el otro—. Pues no tiene más remedio que aceptar el parentesco.

Lo verdaderamente extraordinario era el parecido de los dos primos. Nadie hubiera podido conocer al uno del otro. Eran idénticos en todo. La estatura de los dos era la misma, igual eran sus voces y físicamente no podían tener mayor parecido.

Cualquiera de ellos se habría hecho pasar por el otro en la seguridad de que ni los más íntimos conocidos, ni siquiera los familiares, hubieran podido descubrir el engaño.

Juan Chilcote se le quedó mirando extrañado de aquel parecido tan enorme y el otro que también se había dado cuenta, le dijo sonriendo:

—¿No podemos negar que somos primos, verdad? Si alguna vez necesitas un «doble» ya lo sabes... Clif-

ford's Inn, trece... Servicio día y noche.

Juan Chilcote se quedó mirando fijamente a aquel hombre que tanto se parecía a él y procuraba por todos los medios hacer memoria para poder precisar quien era.

El otro, advirtiendo esta duda del diputado, le dijo sonriendo:

—Comprendo que no te acuerdes de mí, pero yo refrescaré tu memoria. Soy Juan Loder, ¿recuerdas años?

—¿Juan Loder?—exclamó extrañado Chilcote—. ¿Tú, Juan Loder?

—El mismo—respondió Loder—. No me extraña que no me hayas conocido. Apenas si nos hemos tratado. Nosotros éramos los parientes pobres de la familia. Además, he estado ausente de Inglaterra durante muchos años.

—¿Y qué quieres?—le preguntó Chilcote, pensando que su primo iría a solicitar de él alguna ayuda monetaria.

—Nada—respondió Loder—. Te vi desde la tribuna pública esta tarde y me dió lástima tu estado... Buena la estás haciendo, Juan!

Chilcote miró algo indignado a su primo, que se atrevía a hablarle de aquella forma, y Loder continuó diciéndole:

—Hoy era para tí la gran oportunidad... Media Inglaterra confiaba

en ti... Y vaya espectáculo que has dado...

—¿Te importa algo de lo que me pase a mí, o a Inglaterra?—preguntó haciendo un esfuerzo para contenerse.

—Claro que me importa... Tú no sabes lo que Inglaterra significa para mí. Ojalá mi misión fuera la tuya... Te aseguro que me oirían todos.

Chilcote bajó la vista. Por primera vez se sentía dominado por una voluntad ajena a la suya y su primo se despidió de él, diciéndole:

—Piensa en tu situación, Juan. Piensa que Inglaterra espera tu actuación para encontrar un remedio a la crisis que la agobia y después de que hayas pensado todo esto comprenderás que no debes llevar la vida que hasta ahora has seguido. Hay otros goces mejores que esos que utilizas.

Chilcote sintió que todo el coraje se le subía al rostro. De buena gana hubiera apaleado a aquel insensato que se atrevía a censurarlo con tanta dureza, pero cuando quiso hacerlo su primo había desaparecido y por más que miró no lo vió por ninguna parte.

Siguió su paseo por la ciudad, sin darse cuenta de que la niebla era cada vez más densa y que una lluvia suave, pero pertinaz, iba calándole todo el cuerpo.

Al cabo de un rato de caminar sin-

tió un gran malestar y cogiendo el primer coche que pasó se hizo conducir a su residencia.

El fiel criado, al verlo entrar, corrió a prestarle ayuda y se alarmó ante el estado de su amo.

Nunca le había visto tan decaído, ni jamás había ofrecido Juan Chilcote un estado tan lamentable.

Alarmado por lo que pudiera suceder, no vaciló en llamar por teléfono a la esposa de su señor, diciéndole:

—Su esposo se encuentra muy grave. Sería conveniente que viniera usted.

Eva no había olvidado a su esposo. Aquel amor que siempre sintió por él permanecía fiel en ella y al enterarse de su gravedad, respondió al criado:

—Iré inmediatamente... Dentro de poco estaré en esa.

—Le ruego que tome el medio más rápido para venir—insistió el criado.

—Tomaré el primer aeroplano que salga—terminó diciéndole Eva.

Se hallaba con ella en aquel instante una íntima amiga de Eva y al ver que se trataba de realizar un viaje con gran precipitación, le preguntó:

—¿Alguna novedad desagradable?

—Mi marido—respondió con tristeza Eva.

—¿Qué le ocurre?—preguntó de

nuevo la amiga, sin darle gran importancia.

—Se encuentra muy grave. Su criado me ha dicho que teme fatales consecuencias.

—¿Y piensas ir?—inquirió la amiga.

—Claro está—exclamó convencida Eva—. No puedo dejarlo en esta situación... Comprende que soy su esposa.

La amiga se la quedó mirando unos segundos; pensaba que todo cuanto hiciera Eva por salvar a su esposo era inútil y además pensaba también de que Eva tenía motivos sobrados para no volver a ocuparse de su marido. Todo lo que la había hecho sufrir, los desprecios de que había sido víctima y la desilusión de aquella pobre mujer, le daban derecho a no volverse a ocupar de la suerte de su esposo y a abandonarlo, estuviese en el trance que estuviese. Pensando en todo aquello, no pudo callar su opinión y le dijo a la joven:

—Eva, bien sabes que soy una buena amiga tuya y que te lo tengo demostrado siempre que ha sido preciso... Sigue mi consejo y no vayas a buscar a tu marido.

Eva no contestó al pronto. Comprendía que el consejo de su amiga era leal, como lo era su amistad. Su esposo le había dado motivos para

aquello y mucho más, incluso para que sintiera por él un profundo desprecio. A su lado había sufrido humillaciones y se había visto pospuesta por el amor de otra mujer, pero así y todo no podía negarse a sí misma que seguía amándolo. Hubiera dado cuanto le hubieran pedido porque Juan volviera a ella sumiso y enamorado, por poder volver a renaudar de nuevo aquellos primeros meses de matrimonio en los que la felicidad que los unía parecía que jamás hubiera de romperse. Para conseguir aquello, lo mejor era ir en su busca, salvarlo de la muerte, si era preciso, y hacerle comprender que el amor de ella era superior a todo cuanto existía en la tierra.

Su amiga la vió vacilar, la vió más bien casi decidida a no hacerle caso e insistió en su consejo, diciéndole:

—No tienes ninguna obligación de ir.

—Soy su esposa—murmuró Eva, justificando su actitud—. Mi obligación es estar a su lado en los momentos de dolor.

—¿Tu obligación?... ¿Acaso él ha tenido alguna contigo?... ¿No has sufrido bastantes dolores y humillaciones?... No comprendo por qué has de tener obligación.

—Llevas razón en todo eso—replicó Eva—pero piensa que Juan está

enfermo, que su mismo criado me dice que es de gravedad y que necesitará cuidados especiales.

—Pues que le cuide esa mujer—exclamó la amiga de Eva.

Eva aun tuvo una disculpa para su marido, aun quiso presentarlo exento de alguna culpa y le dijo:

—¿Tal vez si yo no le hubiera dejado, no estaría ahora con esa mujer?

—¿Y qué otra cosa podías haber hecho tú?... Lo más cuerdo que hiciste fué separarte de él.

—Sí, pero entonces era diferente—repuso Eva—. Entonces Juan estaba fuerte, no me necesitaba, pero ahora... ahora es diferente... ¿Quién te dice que esta enfermedad no sea un motivo para que nos reconciliemos?

Su amiga sonrió burlonamente y le respondió:

—Querida Eva. Eres casi una niña y no conoces en el mundo y menos aun a los hombres. Juan ha sido para tí tu primero y único amor y tu corazón se resiste a perder la esperanza de poder reconquistar, pero atiende el consejo de una amiga y no vayas. Juan es muy diferente a todo cuanto pueda creerse. Hay hombres que huyen de la mujer, cegados por una pasión pasajera, atraídos por otra mujer a quien le conceden encantos superiores a los de la propia. Son como las mariposas que van cegados por

el reflejo de una luz, pero estos hombres pasado algún tiempo comprenden que han estado en peligro de morir y vuelven otra vez a los brazos de la esposa. Pero esos son hombres que sienten sentimientos de afecto, que aman algo en la vida, no son

como Juan, que jamás sintió cariño por nada.

Pero por más que su amiga se empeñó en hacerla desistir de aquel viaje, Eva insistió en volver al lado de su marido, pensando que su puesto estaba al lado del que sufría.

LA AMANTE

Lo que había dicho la amiga de Eva era verdad. Juan Chilcote era uno de esos hombres en cuyo corazón jamás había entrado el amor. Para él no había ese sentimiento afectuoso que todo ser humano siente necesidad de poseer, le importaba poco el cariño de los demás y solo amaba aquellas cosas que pudiera proporcionarle placeres momentáneos. Por eso precisamente amaba a Diana, porque ella había sabido mantener aquel fuego de pasión, no valiéndose de sus encantos de mujer, sino procurando en todo momento halagarlo y someterlo a su voluntad por el medio que fuese.

Diana era una mujer de la alta sociedad inglesa, una mujer que tenía

entrada en todos los salones y cuyos amores con Juan eran conocidos, pero sin que nadie pudiera precisarlos.

Se murmuraba acerca de las relaciones que pudiera tener con Chilcote, pero todo ello se había reducido hasta entonces a comentarios en voz baja, que no daban lugar a retirarle la amistad de sus conocidos.

No obstante se la consideraba como una mujer peligrosa, una mujer que sabía envolver en la dorada red de sus encantos a cuantos hombres caían bajo ella y que sabía abrasar con el fuego de su mirada a quien se atrevía a poner los ojos en ella.

Diana sentía por Juan, más que amor, una satisfacción de orgullo. Era el deseo de humillar a Eva, por

la envidia que siempre le produjo al ver la preferencia que todo el mundo hacía entre ella y la otra.

Al poco de tener a Juan Chilcote, de hacer que éste rompiera con su mujer, Diana se dió cuenta de que le sería imposible retener a aquel hombre a su lado. Su astucia de mujer le hizo ver bien pronto, que Juan era un hombre voluble, incapaz de mantener por mucho tiempo un mismo afecto y fué ella la que primeramente le indujo al uso de las drogas heroicas. Y lo que no pudo la dulce belleza de su mujer, ni los perversos encantos de ella, lo consiguió aquel veneno, que rápidamente iba aniquilando el organismo de Chilcote.

Aquella tarde, transcurrida unas horas de haber llegado a su casa, Chilcote fué recobrando otra vez sus energías perdidas. Su debilidad desapareció, gracias a una nueva dosis de morfina, y Chilcote se sintió por unos momentos otra vez el hombre animoso que siempre había sido.

Cuando se vió así, se vistió rápidamente y se dirigió a casa de Diana. En los momentos en que se veía solo acudía a ella, más que para buscar un consuelo, con el deseo de que hubiese otra persona con quien compartir su pena y hacerla partícipe de su dolor. Su egoísmo era tal, que sus alegrías quería disfrutarlas él exclusivamente, pero sin embargo, sus

desventuras quería que la sufriesen los otros también.

Al cabo de una media hora llegó a casa de Diana y le dijo al criado que salió a abrirle.

—¿Está la señora en casa?

—Me parece que sí—respondió el criado, en la seguridad que su ama le recibiría.

Entró a avisar a Diana de la visita del señor Chilcote, y ésta le dijo:

—Hazle pasar y vete... Si te necesito ya te llamaré.

Al poco rato entró Chilcote y Diana echándole los brazos al cuello le preguntó cariñosamente:

—¿Qué te ocurrió?

—Bah—exclamó despectivamente Juan—. Son mis nervios, Diana... Nada más que mis nervios. Trabajo demasiado... Todos quieren que lo haga yo.

—Es verdad—le dijo ella, sentada cerca de donde estaba sentado—. Ya sé que te hacen trabajar más de lo que debes y de lo que puedes.

—He pasado una tarde horrible—le dijo él—. Si vieras que cansado estoy...

—Lo comprendo, pero pronto se te pasará... Voy a prepararte algo.

Y ella misma le preparó una bebida heroica, con la que Juan volvió a adquirir, aunque solamente fué momentáneamente, las fuerzas perdidas.

Cuando Diana lo vió bien, lo abrazó apasionadamente y le dijo:

—¿Por qué no viniste en seguida a buscarme? Ya sabes que yo sé devolverte tus energías... Esas energías que los demás quieren destruir...

Juan sonrió satisfecho y le preguntó curiosamente:

—¿Hubo mucha espectación, después de marcharme yo?

—No puedo decírtelo—respondió Diana, que procuraba rehuir la conversación aquella, para no excitar los nervios de su amante—. Cuando te sentaste salí corriendo de la Cámara. Sin embargo, pude ver la cara de Fraser... La tenía amoratada...

—Sí, estaba muy enfadado—replicó Juan—. Estaba furioso y me dijo «Chilcote es usted la deshonra del partido».

—¿Se atrevió a decirte eso?

—Como lo oyes. Además, me dijo casi como una orden: «Venga a mi casa mañana a las nueve o esto se habrá terminado».

—¿Y tú le has hecho caso?—le preguntó Diana.

—Bah—murmuró con un gesto de desprecio Juan—. Estoy harto de palabras... de política y de todo... Mañana veremos lo que pasará.

—Dices bien—le dijo ella, reanudando otra vez sus caricias—. Hay mucho tiempo de aquí a mañana...

No pienses ahora en tu trabajo... Olvida tus discursos. Es decir, todos menos uno... el de decirme que me quieres...

Juan, sin voluntad propia, en los brazos de aquella mujer que tan perversamente sabía apoderarse de él, la abrazó con pasión y le dijo:

—Oh, Diana... Eres la única mujer a quien quiero... La única persona a quien deseo a mi lado... Aborrezco a la otra gente... No puedo resistir ni siquiera que me miren... Por eso me gusta la niebla... No lo ven a uno, ni uno ve a sus antipáticos y asombrados rostros.

—Es verdad. La niebla hace muchas veces que no veamos los rostros desagradables de nuestros enemigos.

—Sin embargo—murmuró de pronto Chilcote, acordándose del encuentro que había tenido con su primo—esta tarde ví una cara tan asombrosamente parecida a la mía, que parecía como si me mirase en un espejo y viese mi rostro reflejado en él.

Quedó unos instantes cavilando y Diana, temiendo que volviese nuevamente a la crisis de nervios que manifestaba al entrar a verla, le dijo:

—Dejémoslo todo... todo... Comités, mítines, discursos, política... Hay que olvidarlo todo para no pensar más que en nuestro amor... ¿Qué nos importa todas esas bajezas hu-

manas cuando sobre ellas puede triunfar nuestro amor?

—Es verdad—murmuró Juan, envuelto en el fuego de aquella mirada seductora—. Nuestro amor está por encima de todo... Tú eres la única que me comprendes, la única que animas mi vida y la que has sabido hacerme dichoso, Diana.

Y Diana, como recompensa a aquellas frases, le cerró la boca con un beso fuerte y prolongado, tal como si en vez de sus labios fuera su alma la que besase y quisiese apoderarse de la de Juan.

A la mañana siguiente, Juan Loder se hallaba alegremente en su habitación, una habitación de un quinto piso, de pobre apariencia, pero limpia como un sol, cuando llamaron a la puerta, y gritó desde el interior:

—¿Quién va?

—Soy yo, señor.

Loder abrió la puerta y al ver a su patrona le preguntó riendo, con esa alegría propia de las almas que no sienten remordimiento alguno:

—¿Qué hay?

—Ya tiene listo su almuerzo, señor Loder—le dijo la patrona.

Juan Loder salió de su habitación y una vez en la contigua, que hacía de comedor, le preguntó a la buena mujer:

—¿Qué me ha preparado mi cocinero mayor?

—Pues verá usted—empezó diciéndole la patrona, pero Loder no la dejó terminar y la interrumpió, diciéndole:

—No hable.. No me diga nada... Quiero ser yo quien lo adivine... ¿Perdices?

—No señor—respondió la patrona.

—Entonces serán faisanes... o pavo trufado.

—Tampoco.

—¿Tampoco he acertado ahora?—exclamó riendo Juan Loder—. Nada, por lo visto el cerebro lo tengo esta mañana atrofiado. Dígame que es.

—Pues... pues... Picadillo.

—¿Picadillo?—exclamó Juan Loder—. No debe usted darle ese nombre tan vulgar a esta comida. En los buenos sitios se le da un nombre más rimbombante... Levantó la tapadera de la sopera y exclamó oliendo el contenido de la misma.

—¡Magnífico!... Mis felicitaciones al cocinero.

—Aquí tiene una carta que han traído para usted—le dijo la patrona, entregándole un sobre del cual Juan Loder extrajo una carta, del director de un periódico y en la que se le comunicaba que había sido admitido y publicado su artículo y ade-

más le expresaba el deseo de hablar con él personalmente.

—¡Esto es estupendo!—exclamó alegremente el joven—. Deme el periódico de hoy.

La patrona se apresuró a cumplimentar su orden y Juan Loder leyó con fruición su propio escrito. Cuando terminó, la patrona que ya lo había leído, le dijo:

—¿Y todo eso que dice ahí, quién se lo ha dicho?

—Nadie—respondió Juan Loder—. Todo esto son pensamientos míos.

—Pues sí que tiene usted unos pensamientos... ¿Sabe una cosa?

—¿El qué?

—Pues que tengo ganas de que los periódicos publiquen también su retrato, así la gente le conocerán mejor. Yo creo que ustedes debían exigir que al pie de las cosas esas que escriben, lo mismo que va la firma fuese el retrato. Hay mucha gente que conocen a fulano o mengano por lo que escriben y si lo vieran en la calle, ni se darían cuenta de que han pasado por su lado.

—Tal vez tenga razón—respondió Loder, sonriendo ante la ingenuidad de aquella mujer, que no veía más allá de su cocina. Sin embargo, quiso dejarla contenta dándole la razón y se puso a almorzar tranquilamente.

Eran ya las diez de la mañana,

cuando Fraser y Lakely entraron a casa de Juan Chilcote. Hacía una hora que había pasado la de la cita que tenían con él y cansados de esperar habían determinado ir en busca del diputado.

El criado, al verlos, sospechó que nada agradable podía esperarse de aquella visita, y les preguntó:

—Desean ver a mi amo?

—Claro está—respondió Fraser.

—En este instante está acostado, pero si quieren los señores le avisaré.

—Avísele—le ordenó Fraser—. Dígame que estamos aquí... y que desde las nueve le hemos estado esperando, según convinimos.

—Voy en seguida—terminó diciendo el criado, a la vez que se dirigía hacia las habitaciones de su señor. Entró en ellas y no lo encontró por ninguna parte, fué a su despacho y lo vió echado sobre un sofá durmiendo. El criado intentó despertarlo y cuando lo consiguió, le dijo:

—El señor Fraser está aquí, señor... Son las diez dadas y viene a verle...

Juan Chilcote se despertó trabajosamente y al ver a su criado que hacía esfuerzos por levantarlo, le dijo de mal humor:

—¿Quieres dejarme tranquilo?

—Es que han venido a hablar con usted—le advirtió el criado.

Juan hizo un gesto de mal humor,

miró rencorosamente al criado como si él tuviera la culpa y exclamó:

—Siempre andan rastreándome...

El criado lo cogió por los brazos para ayudarlo a incorporarse y Juan lo rechazó violentamente, diciéndole:

—Déjame en paz... ¡No me manosees más!...

Al final, Chilcote consiguió ponerse en pie, pero la cabeza le daba vueltas y tuvo que apoyarse en un mueble para no caer al suelo. El criado le miraba compasivamente, presintiendo que aquel hombre no tenía ya cura posible. No obstante, para que los amigos de su señor no le vieran en aquel estado, le dijo:

—¿Quiere el señor que le prepare el baño... Eso le sentará bien.

—Bueno—respondió inconscientemente Chilcote, dejándose en esta ocasión llevar por su criado, que lo condujo al cuarto de baño y le preparó todo lo necesario, hasta dejarlo dentro de la bañera.

Salió nuevamente y sintió que en aquel instante llamaban al timbre. Se apresuró a abrir y al ver de quien se trataba no pudo ocultar su alegría y exclamó:

—Sea bienvenida a su casa, la señora.

—Hola — exclamó cariñosamente Eva, que era la que llegaba en aquel

instante para hacerse cargo de su marido—. ¿Y el señor Chilcote?

—Está en el baño ahora mismo... Pase la señora.

Al llegar al hall, Eva vio a Fraser y a Lakely, que discutían acaloradamente y oyó decir a éste:

—Fraser... ¡Ya estoy harto! ¡Yo no sufro más su conducta!... ¡Vayámonos!

—Esperemos cinco minutos más—le propuso Fraser.

—¡Ni cinco minutos! — respondió Lakely, recogiendo su sombrero para marcharse.

Eva comprendió que aquella indignación era producida por la conducta de su marido y previó también que sin el concurso de aquellos dos hombres la carrera política de Chilcote estaba deshecha, por lo que se adelantó hacia ellos y le suplicó, con aquella dulzura que hacía imposible negarle nada:

—Señor Lakely, no se vaya... Le ruego que se quede—. Y dirigiéndose a Fraser, solicitó su intervención diciéndole: —Dígale que se quede... Lo sé todo...

—¿Sabe usted que...?—inquirió Lakely.

—Ya le he dicho que lo sé todo—le atajó Eva—. Precisamente por eso he venido...

—Pues me temo, señora—le res-

pondió Lakely, con gran respeto—que sea ya demasiado tarde.

Ella miró interrogativamente a Fraser y éste demostrando en sus palabras un gran pesar, le respondió:

—Es inútil, Eva... Esta mañana debíamos reunirnos y no ha acudido a la entrevista. La situación de nuestro partido es grave debido a su conducta, Eva—volvió a decirle Fraser—. No podemos seguir expuestos a episodios como el de ayer. Los tiempos son difíciles y no podemos correr el albur...

Eva sonrió amigablemente y les respondió:

—¿Albur? Para ustedes el único albur es él... No se atreven ustedes a pasarse sin Chilcote.

—Eso era antes—le respondió Fraser—pero ahora, sintiéndolo mucho, no nos atrevemos a confiar en él otra vez.

Mientras hablaban los dos políticos y la esposa de Chilcote, éste buscaba afanosamente por todas partes la llave de un pequeño armario donde tenía encerrada la droga. En vista de que no daba con ella, llamó a su criado y le preguntó:

—¿Has recogido mi ropa, Brock?

—Sí, señor—respondió el criado, pensando el motivo de aquella pregunta cual era.

—Y no has encontrado nada?—inquirió de nuevo su señor.

—Nada, señor—respondió tímidamente el criado—. Solamente encontré en el cuarto la ropa.

—¿Y en sus bolsillos?—inquirió nerviosamente Juan Chilcote.

—Absolutamente nada, señor—volvió a decirle el criado, haciendo con su negativa que se acabase la paciencia del diputado, que exclamó irritado.

—¡Mientes!... ¡Has encontrado una llave!... ¿Dónde está?

—La tiré para que no abriera usted el armario—confesó Brock.

—Pues ahora mismo vas a buscarla!—exclamó desesperado Chilcote—. El día menos pensado voy a ponerte de patitas a la calle.

—Es que...—pretendió justificarse el viejo sirviente.

—No hay excusa que valga!... Te he dicho que busques la llave y tienes que encontrarla inmediatamente.

El criado, viendo la obstinación de su amo y viendo por otra parte que sus gritos podían llegar a oídos de los que le esperaban, comprendió que lo mejor era entregarle aquella llave, aunque sólo fuera por aquella vez y que su señor tuviera la entrevista con sus amigos políticos y con su esposa.

Chilcote cuando tuvo en su poder la llave del armario abrió precipita-

damente y sacó de él la droga tóxica con lo que pareció que sus nervios se calmaron un tanto.

Eva a su vez había conseguido apaciguar un poco la exaltación de Fraser y Lakely y les decía convencida:

—Bien saben ustedes que no tienen en todo el partido mejor orador que él. Especialmente hoy, cuando lea el artículo que ha escrito el señor Lakely, en el que ha de encontrar materia suficiente para su interpelación. Su artículo es algo sensacional.

—En efecto—replicó Fraser—. Es preciso que Juan lo cite esta tarde en su discurso, que lo use como base de ataque...

En aquel momento apareció Juan Chilcote y quedó extrañado de ver allí a su esposa. Lo que menos podía él imaginarse era que Eva estuviese en su casa. No sabía nada de lo que el criado le había comunicado a ella y su impresión no pudo ser más molesta al verla en una casa en la que él le había prohibido incluso la entrada.

No pudo disimular su disgusto y a pesar de que habían allí dos hombres extraños a sus querellas matrimoniales, se encaró con Eva y le dijo seriamente:

—¡Tú aquí!

—Vine a verte... Me entretuve con estos amigos que me hablaban de

no sé que discurso que tienes que decir esta tarde.

Chilcote se volvió a sus amigos y poniendo en sus palabras un tono de energía que no admitía réplica, les dijo:

—Siento, señores, lo que les he hecho esperar, pero les ruego que me dejen. Ahorremos detalles... Si quieren que hable esta tarde, déjenme solo.

Fraser se sintió molesto por el tono empleado por el jefe político y le respondió con igual enfado:

—Está bien... Tenga la seguridad de que le dejaremos completamente solo... Es un error ser generoso con usted... Ningún hombre es tan importante como el partido... Quede con Dios.

Y sin dejar que Chilcote pudiera explicarse, salieron de la casa dejando a los esposos completamente solos.

Eva permanecía silenciosa, sin atreverse a mirar a su marido. Temía después de aquel frío recibimiento, alguna nueva humillación por su parte y su corazón latía violentamente en aquellos instantes.

Por fin, Chilcote se acercó a ella y riendo irónicamente le preguntó:

—¿Discutías con Fraser mi actuación?

—Solamente les oía lo que me de-

cían referente a tu conducta actual—respondió la joven.

—Pues bien—le dijo enérgicamente Chilcote—. ¡Te prohíbo que te metas en mis asuntos!

Eva sintió en lo más profundo de su ser aquel desprecio por parte de su marido y con la dulzura que en ella era característica, le respondió sumisamente:

—Bien sabes que dije que no volvería jamás... ¿Por qué crees que he vuelto?

—No tengo la menor idea—le respondió su esposo—. ¿Acaso te quedaste sin gigolo?

Eva recibió la ofensa en pleno rostro. Le dolió que su marido pudiera pensar así de ella cuando debía estar convencido de que su vida, tanto pública como privada, era intachable. No obstante, quiso sobreponerse, procurar ganar la partida para salvar a su esposo del abismo en que estaba a punto de precipitarse, y le dijo:

—¡Qué lástima, Juan!... Podías ser el hombre más famoso de Inglaterra... Tienes talento para ello y sin embargo desperdicias la ocasión. Por qué no cambias, ¿por qué no vuelves a ser lo que eras antes, cuando nos conocimos?

Juan la oía indiferente y cuando ella terminó de hablar, por toda respuesta le preguntó:

—¿Y es para eso por lo que te has tomado la molestia de venir a verme?

—No—le dijo Eva,—he venido a otra cosa, pero ahora que estoy aquí no puedo... Ayúdame tú a decir lo que quiero decir.

—Todavía mi talento—respondió con su peculiar ironía Juan—no ha llegado hasta el punto de adivinar el pensamiento ajeno.

—Pero bien sabes que yo no he dejado un solo instante de amarte y pensar en nuestros primeros días de matrimonio... Me resisto a creer que no haya quedado en ti el menor recuerdo de aquel amor que tantas veces me prometiste.

Y al mismo tiempo que hablaba se abrazó a él, pretendiendo retenerlo con sus caricias.

Chilcote, con una frialdad desconcertante, se separó de su esposa y le dijo:

—¿Me permites?... Tengo mil cosas que hacer... No hablemos de lo que fué... Hay que pensar en el presente.

—Sí, lo sé—respondió Eva, pensando en Diana—lo sé, pero yo soy comprensible y lo olvidaré todo si tu... pusieras algo de tu parte... Sé que hay algo que te impide...

Juan comprendió inmediatamente el sentido de las palabras de su mujer y sin dejarla terminar, exclamó:

—¿Te referes a Lady Joyce, a Diana, verdad?

Eva bajó la vista al suelo, como dándole a comprender que era aquel el motivo que atormentaba su vida y Juan, con una crueldad inaudita en un hombre de su instrucción, siguió diciéndole:

—Puedes tomártelo como quieras... Me da igual.

Eva pensó en cuanta razón tenía su amiga cuando le aconsejó que no fuera a casa de su esposo. Indudablemente aquel hombre no cambiaría nunca, y sin embargo, su deber y su obligación era la de sacrificarse por él. Una esposa está obligada a señalar el buen camino a un marido cuando éste se desvía por la recta que debe seguir. Y ella con sus mimos, con sus halagos y con su abnegación, estaba dispuesta a ello. Por lo mismo a pesar de la indiferencia con que la trató Juan, le dijo:

—Está bien, Juan, haré lo que tú quieras... Si en algo puedo serte útil...

—Creo que lo habrías sido y mucho si te hubieras quedado donde estabas.

Eva no respondió siquiera a aquella nueva ofensa de su marido y dócilmente se fué a las que habían sido sus antiguas habitaciones, mientras que el diputado se encerraba en su despacho, de peor humor que nunca.

Su aspecto era deplorable en aquellos instantes. Sus ojos estaban cercados por unas profundas ojeras, sus pómulos sobresalientes y sus labios entreabiertos, daban la sensación de un hombre agotado, extenuado por completo.

Echado sobre su mesa de despacho permaneció unos cuantos minutos hasta que entró su secretario, diciéndole:

—Señor, he telefonado con los astilleros. La huelga sigue en igual estado... Aquí traigo la comunicación que se recibió a la que se debería contestar hoy.

Chilcote, sin hacerle caso, siguió echado sobre la mesa, hasta que nuevamente el secretario se acercó más a él y le dijo:

—Siento insistir, pero debería contestarse hoy.

Chilcote, molestando por la insistencia de su secretario, se levantó airadamente y le dijo:

—Es cosa suya o mía?

—Suya, señor, pero la obligación de recordárselo es mía — respondió el secretario, sin inmutarse.

Brock oía toda la conversación por haber entrado momentos antes y esperaba que la cólera de su señor se desataría muy pronto, en perjuicio del secretario. Tal como lo pensaba sucedió, puesto que Chilcote, sin esperar a más le dijo:

—¡Ya le he soportado bastante tiempo, señor Blessington!... Puede usted buscarse otra colocación...

—¿Me parece no haber entendido bien lo que ha querido decirme el señor?—exclamó el secretario, en quien se adivinaba también que la paciencia le iba faltando para soportar los desplantes de aquel hombre.

—Pues he querido decirle que le despido—le aclaró Juan Chilcote—. ¿Lo oye usted! ¡Márchese cuanto antes!... Le mandaré un cheque a su casa...

—No es necesario—respondió con orgullo el secretario—. Si lo manda usted lo romperé.

Y sin esperar la respuesta del diputado, salió de su despacho, dejando sobre un sillón la cartera con todos los documentos que llevaba aquel día al despacho de su jefe.

Tan pronto como hubo salido el secretario, Chilcote volvió a su antigua postura y entonces fué Brock quien tuvo que decirle:

—Señor Chilcote... Tiene usted que preparar su discurso de esta tarde.

—No estoy ahora para discursos—respondió el diputado.

—Pero esta tarde tiene que ir al Parlamento... Tiene usted que estar allí.

Chilcote miró agresivamente a su criado y le dijo:

—Viste lo que le ha pasado a Blessington? Pues ten cuidado que no te suceda lo mismo. Voy a barrer a todos ustedes, así me dejarán tranquilo de una vez.

—Pero a mí no puede despedirme—respondió con firmeza el criado.

—¿Por qué no puedo despedirte?—preguntó extrañado Chilcote—. ¿Quién lo iba a impedir?

—Yo mismo—le dijo el criado—. He servido en la familia toda mi vida, lo mismo que lo hizo mi padre. Servimos a su abuelo y a su padre, a aquellos dos grandes hombres... Ellos amasaron la fortuna que usted derrocha... Una fortuna ganada honradamente, llevando una vida decente.

Chilcote, cada vez más irritado por el atrevimiento de su criado al contestarle de aquella manera, le gritó:

—¿Quieres callarte?...

—¡No callaré!—insistió de nuevo el fiel sirviente, que había visto morir al padre de Chilcote y que había conocido toda la rigidez de aquella familia—. No callaré, porque ya he callado demasiado tiempo y tenía deseos de decirle todo esto. Usted está deshonorando el apellido que lleva. Destrozó el corazón de su mujer, de una mujer buena y honrada, lo mismo que está destrozando su nombre.

Chilcote se encontraba en aquel

instante dominado por la actitud de su criado. Era tanta verdad la que le decía, que el diputado no supo qué responder. Nadie hubiera creído que aquel hombre capaz de cometer, en uno de sus arrebatos de cólera, la mayor locura, que sufriese las repriminaciones de su criado. Pero ante la realidad no tuvo más remedio que rendirse y su criado continuó repriminándole su actuación y diciéndole:

—Precisamente hoy tiene que hablar en el Parlamento, todos sus amigos están pendientes de usted, todos esperan que sea hoy el día que revindique sus pasados triunfos y mire en qué estado se encuentra. Contémplese usted mismo y comprenderá que en este estado poco podrá dar de sí.

Juan Chilcote quedó durante un rato callado, mientras que su criado continuaba contemplándole, hasta que finalmente exclamó, como quien habla consigo mismo:

—Ya sé... Ayer conocí a uno... entre la niebla. Cara, voz... Todo idéntico... Nadie le conocería. ¿Dónde me dijo?... ¿Dónde?... Ah, ya recuerdo... Cliford In, trece... ¡Ya está! ¡Ese es mi hombre!

El criado le miraba extrañado, sin comprender que es lo que quería decir su señor y éste siguió aquel diálogo que tenía consigo mismo, diciendo:

—Sí, necesito un «doble»... Además, me pareció que hablaba bien. Solo necesita una bandera, un partido que lo cobije...

—Pero, ¿de qué habla, señor?—le preguntó algo alarmado Brock.

Y sin dar ninguna explicación, Juan Chilcote salió de su casa, decidido a hacer que ocupase su puesto en el Parlamento quien de forma tan extraordinaria se parecía a él.

Desde su casa se fué directamente a las señas que le había dado su primo y tuvo la suerte de encontrarlo allí. Juan Loder, el primo del diputado, al ver a éste quedó sorprendido por su visita y no pudo menos que decirle:

—A qué se debe tu presencia aquí?

—Vengo a proponerte algo que será de tu gusto.

—¿A mí?—preguntó con cierta extrañeza Juan Loder, quien de su primo no esperaba el menor favor, puesto que conocía su carácter—. Lo dudo.

—Tú mismo lo juzgarás—respondió el diputado—. ¿No querías poder hacer algo por Inglaterra?

—En efecto—respondió el otro—. ¿Qué puedo yo hacer?

Chilcote, después de aquel altercado que había tenido con su criado, después de la entrevista con su esposa y sus amigos, había sufrido

una excitación nerviosa tan grande, que en aquel instante sin poderse contener, tuvo necesidad de dejarse caer sobre un sillón y Loder acudió a prestarle auxilio, diciéndole

—Chilcote... ¿Qué te sucede?... Estás muy excitado... Serénate. Dí, qué es lo que deseas.

—Sencillamente—respondió Chilcote— que yo no puedo pensar... Todo se me vuelve oscuro. Me parece vivir rodeado de una niebla tan densa que me impide ver las cosas... y sin embargo, hoy tengo que hablar en el Parlamento... Hablaste muy bien ayer cuando nos vimos... Lee ese editorial, ese artículo que trae nuestro periódico y ves a la Cámara.

—¿Para qué?—preguntó Loder, sin comprender la intención de su primo.

—Sencillamente para que ocupes mi puesto, para que hables por mí.

—¡Eso es imposible!—exclamó Loder—. ¿Cómo quieres que ocupe yo tu sitio? Todos reconocerían que yo no era Juan Chilcote.

—Nadie se dará cuenta del cambio—respondió su primo—. Te pareces a mí de tal suerte que ni en la voz, ni en los ademanes, ni en nada podrán sospechar... Mañana ya estaré yo bien... Pero ahora haz lo que te digo y déjame estar solo... Necesito descansar...

Quedó profundamente dormido sobre el sillón en que se había sentado y Juan Loder, comprendiendo que sería inútil tratar de animar a su primo, con vistas solamente a poderlo ayudar, lo cambió de ropa, se puso la suya y se preparó para suplantar la personalidad de Juan Chilcote.

Brock, cuando vió que su amo salía de su casa, temió que fuese a cometer cualquier tontería y lo siguió, hasta que de pronto lo perdió de vista.

Buscó por las calles inmediatas a la que había desaparecido su amo y preguntando a unos y a otros llegó a dar por fin con la casa en la que había entrado el diputado. Vió a Juan Loder y creyendo que se trataba de su señor, le dijo:

—Temí haberle perdido... Tenemos el tiempo justo para que vaya usted al Parlamento.

Entró definitivamente a la habitación y al ver a Juan Chilcote durmiendo, se quedó mirando a su primo, hasta que finalmente no pudo menos que preguntar:

—¿Quién de los dos es el señor Chilcote?

—Es él—respondió sonriendo Juan Loder—. Yo soy su primo. Fíjese para lo que ha venido él, para quedarse dormido y para que yo ocupe su lugar en el Parlamento.

—¿Y lo hará usted?—preguntó ansiosamente el criado.

—No sé si debo hacerlo — respondió Juan Loder—. Es algo expuesto.

—Sí que lo debe usted hacer — le contestó el criado—. Ahora recuerdo bien quien es usted. Es Juan Loder... Su madre fué Palmela Chilcote Loder... Usted podría salvar a mi señor. Nadie descubriría su personalidad. Es usted idéntico a él. Además, él se lo pagaría bien, le daría cuanto usted le pidiera.

Juan Loder se echó a reír, le puso cariñosamente una mano en los hombros y le dijo:

—Amigo mío, creo que no está usted en su juicio. Lo mejor sería que se acostase un rato y descansara... ¿Cómo quiere usted que yo haga semejante locura, para que me descubran y me encarcelen?

—Le repito que nadie le conocerá. Si a mí, que le conozco tanto, pudo engañarme, puede engañar a todos... Acceda usted.

—Pero, si en mi vida he pronunciado un discurso—protestó Juan Loder.

—Sin embargo, usted convenció anoche a mi señor. Piense usted que si hoy no acude al Parlamento, su carrera quedará destrozada y el nombre de Chilcote se hundirá eternamente... Hágalo aunque solo sea por el recuerdo que debe merecerle su familia.

Juan Loder paseó varias veces por la habitación, pensando que partido tomaría, pero ante las súplicas del criado, terminó al fin exclamando:

—Pues bien... haré lo que dice. Ocuparé su puesto en el Parlamento, y si algo ocurre, suya será la culpa.

UN TRIUNFO POLITICO

Juan Loder dispuesto ya para su plantar la personalidad de Juan Chilcote, antes de salir para el Parlamento le dijo al criado:

—Creo que no haremos nada de provecho... Estoy muy nervioso.

—Mejor todavía—respondió el criado—. Así se pone él a menudo. Y entonces hace un ademán y dice: «Nervios»... «Sólo nervios», o bien, «No me molesten»... «No me mareen». Son sus frases características. Otras veces mira por encima del hombro y exclama: «Murmurando... siempre murmurando detrás de mí». Si hace usted algo inesperado, a nadie extrañará... Todos están acostumbrados a sus rarezas.

Mientras el criado hablaba se fijó en una muñeca de Juan Loder y ter-

minó cogiéndole la mano, para fijarse mejor en una cicatriz que llevaba en la muñeca, y le dijo:

—Mala señal es esta, señor. Tenga cuidado de llevar siempre el puño fuera, para que no le vean la cicatriz... Es por lo único que podría ser reconocido.

Juan Loder tomaba nota de todo aquello que le decía el criado y éste para evitar cualquier indiscreción de Juan Loder siguió diciéndole:

—¿Conoce usted a Fraser y a Larkely?

—Claro que sí—respondió Juan Loder.

—Pues su asiento en la Cámara está detrás de ellos.

Miró el reloj y al ver la hora que era le dijo:

—Señor, no hay tiempo que perder. En el Parlamento estarán impacientes, viendo que usted no llega... Buena suerte.

Juan Loder, algo nervioso por el acto que iba a realizar, salió de su casa, subió al coche que había traído Chilcote y se dirigió al Parlamento.

Al entrar, uno de los porteros lo saludó respetuosamente y Loder se dio cuenta de que lo había confundido con Chilcote.

Loder se dirigió hacia el salón de sesiones y cuando vio donde estaba sentado Lakely y Fraser se sentó tras ellos, en el mismo escaño que siempre había ocupado su primo.

Fraser cuando lo vio se volvió hacia él y le dijo:

—Empezábamos a estar preocupados con su tardanza.

—No ha sido culpa mía. Un asunto urgente que surgió a última hora y he tenido que resolverlo.

—Hoy le encuentro con mejor semblante—volvió a decirle. Fraser—Piense en su discurso.

En aquel instante estaba hablando el diputado que el día anterior originó la intervención de Chilcote y cuando hubo terminado, el presidente de la Cámara concedió la palabra a Loder, que se levantó a hablar entre la expectación de cuantos habían dentro del salón.

Miró a las tribunas públicas y vio

en primera fila a Eva y a Diana. A ninguna de las dos conocía él, pero quien causó mayor impresión en su ánimo fué Eva y le dirigió una afectuosa sonrisa, que la joven recogió emocionada. Ella, como todos los demás, no se había dado cuenta de la sustitución de la personalidad de su marido y tomaba a Juan Loder por su esposo. Diana quedó extrañada al ver que ni siquiera se ocupaba de ella, pero esperó a que terminase la sesión para pedirle explicaciones.

Comenzó por fin su discurso Juan Loder y sin que él mismo se diera cuenta entró de lleno en el motivo de la interpelación. Con frases atinadas acalló en un principio las interrupciones de sus adversarios y cuando se adentró en la materia se expresó con tanta fogosidad, con tal serenidad y dominio de sí mismo, que muchos de sus párrafos fueron subrayados por estruendosas ovaciones. Juan advertía que cada vez se adueñaba más del ánimo de cuantos le escuchaban y poseído por una plena confianza en sí mismo olvidó su personalidad para atenerse solamente a la misión que en aquel instante estaba desempeñando.

Oía frases sueltas al lado suyo y los comentarios todos eran laudables para su peroración. Con gestos de imposición, con palabras convincentes,

tes, Juan Loder continuó hablando durante una hora, sin que nadie se atreviera a interrumpirlo. Cada frase suya levantaba un murmullo de aprobación y su figura en aquellos momentos parecía crecerse y agigantarse.

Fraser y Lakely le miraban asombrados. Pensaban que su jefe político volvía a ser el mismo de siempre, pero con mayor dominio, con mayor serenidad sobre sí mismo y no cabían en sí de orgullo. Aquello era una victoria en toda la regla, una victoria que Fraser no la esperaba. Lo que menos podía suponer es que Juan Chilcote llegase a la Cámara en aquel estado de elocuencia.

Cuando al fin de dos horas dejó de hablar, la ovación fué una de las mayores que se habían dado en la Cámara.

Juan Loder levantó su vista hacia donde estaba Eva y al encontrarse sus miradas sonrió bondadosamente, como si quisiera expresarle que todo aquel éxito se lo ofrecía rendidamente.

En el salón, en las tribunas, en los pasillos, por todas partes se comentaba el discurso de Chilcote y se aseguraba que era uno de los más grandes que se habían dicho en aquella Cámara desde hacía mucho tiempo.

Cuando Juan Loder salió a los pa-

sillos, los que estaban en ellos lo recibieron aplaudiéndole y Juan se vio salvado cuando vio a Brock que lo esperaba. Fraser se dirigió a él y estrechándole las manos, le dijo emocionado:

—Francamente, no esperaba tanto, Chilcote.

—Ni yo tampoco—respondió Loder, sin descubrirse a sí mismo.

No era él que andaba, sino que los demás iban empujándole hasta que por fin preguntó:

—Pero, ¿dónde me llevan ustedes?

—A su casa—le dijo Fraser—. Seguramente irá mucha gente a felicitarle... Tiene usted que estar allí para recibir a los amigos.

—Es que la verdad, yo quisiera...

—Nada, Chilcote. El día de hoy ha de ser completo. Aquí tiene usted su coche y su criado que le espera.

Loder, sin quererle oponer más, entró dentro del vehículo y poco después se halló en una casa que no era la suya y en la que tenía que actuar como si fuese su propio hogar. Lo que menos podía suponer Juan Loder era que Eva, o sea aquella mujer que tan grata impresión había causado en él, era la misma que iba a encontrar dentro de pocos minutos y en circunstancias verdaderamente extrañas.

Mientras hablaba con sus amigos y

aceptaba fiestas, se acercó Brock y le dijo:

—Perdone, señor. La señora pregunta por usted.

—¿La señora? — exclamó algo confuso Juan Loder.

Brock comprendió la duda de Juan Loder y para sacarlo del compromiso y decirle lo que debía hacer, volvió a preguntarle:

—¿Debo decirle que está aquí el señor, o quiere ir al jardín donde está la señora?

Mas, antes de que él pudiera dar una contestación, se acercó al grupo Diana y le dijo a Fraser y a Lakely:

—Espero que estarán ustedes orgullosos de él—. Y después dirigiéndose a Juan, continuó diciéndole:

—Ha sido el mejor discurso de tu vida.

—Gracias—respondió con indiferencia Juan Loder.

Fraser y Lakely, comprendiendo que los dos amantes querían estar a solas, se despidieron de ellos diciéndoles:

—Luego les veremos. Ahora tenemos que hablar un poco nosotros, para saber que conducta debemos llevar en la próxima sesión.

Cuando Diana quedó sola con Juan, sin poder comprender aquella indiferencia con que la trataba su amante, le dijo:

—¿Qué te sucede?... Apenas me

mirastes hoy... Y sin embargo me viste allí.

—Perdóname — respondió Juan, creyendo que se trataba de la esposa de su primo—. Estaba muy nervioso.

—Lo comprendo y te perdono—respondió ella—. Pero al ver que Juan no le decía ninguna frase amorosa, le dijo de nuevo:

—Estás muy frío hoy. A ti te ocurre algo... ¿Es acaso por Eva?

—¿Por Eva? — preguntó Juan extrañado, sin saber quien era aquella Eva de quien le hablaba.

—No puede ser por otra causa—le dijo Diana—. Acabo de verla y he pensado que su regreso se debe a que habréis vuelto a hacer las paces.

—Perdóname, pero ahora no puedo decirte nada. Ya hablaremos más adelante. Estoy atareadísimo. Mira cuánta gente ha venido a felicitarme. Además, he de responder a un sin fin de telefonemas que se han recibido.

Entraron nuevos personajes y todos fueron felicitando a Juan Loder, que mientras hablaba con ellos pensaba en aquella reconciliación de que le había hablado la otra mujer, referete a la esposa de su primo y su marido. Desde luego si habían vuelto a reconciliarse, él debería estar con ella galante, atento y en extremo cariñoso. Pensando en esta conducta que debería seguir, se acercó Eva.



— Si necesita algún
doble avíseme.



— En esta gran crisis...



- Esta tarde hable
usted por mí.



Las fuerzas le
faltaron.



- Quiero estar solo
y descansar.



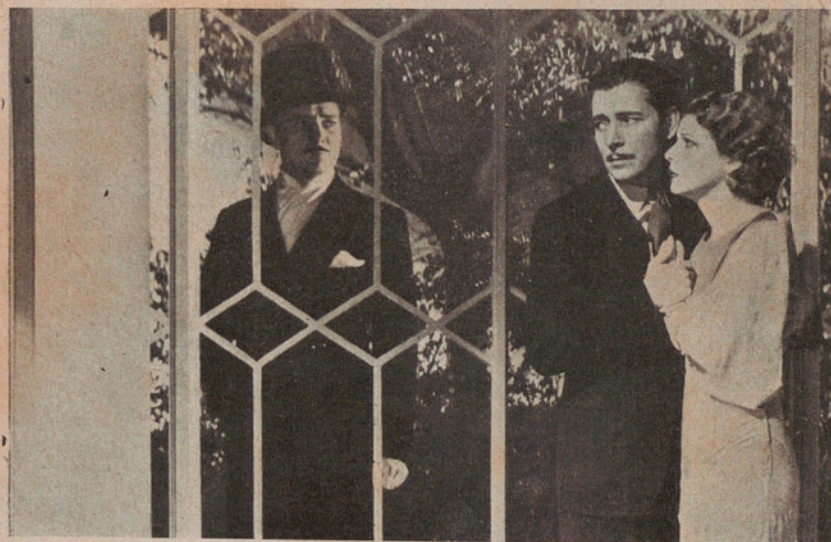
- Eres la única que
quiero a mi lado.



- Nunca te quise tanto
como ahora.



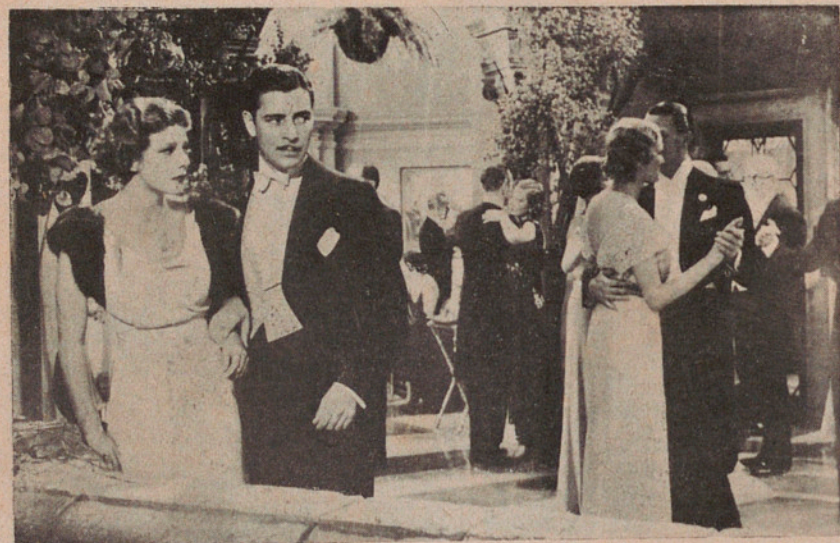
- Le esperaban a las
nueve, señor.



Apareció el otro.



- Es un error ser ge-
neroso con usted.



- Vámonos inmediatamente.



La droga lo aniquilaba rápidamente.



- Tiene una cicatriz en la mano izquierda.



- Deme la llave...
¡Démela!



—¿Quieres manosearme?



—¿De veras querías que viniera?

Temerosamente, presintiendo algún desplante de su marido, le dijo:

—¿Me permites que te felicite, Juan?

Juan comprendió que aquella debía ser la esposa de su primo y sintió que su corazón le latía violentamente en presencia de la única mujer que había sabido conquistarlo con una sola mirada.

Sin saber lo que decía estrechó con emoción la mano de Eva y le dijo:

—¡Qué agradable sorpresa!

—Comprendo que te sorprenda verme aquí, después de lo pasado...

Brock para hacer comprender a Juan Loder que su señora no vivía en la misma casa, se acercó a ella y le preguntó solícito:

—Llamo el coche de la señora.

Diana se acercó en aquel instante y al oír las palabras del criado, exclamó, sin poder disimular su mal humor:

—Si me lo permite, Eva, lo utilizaré yo.

—Como guste, querida — respondió la joven, pensando en que había vencido a su rival.

Juan, cada vez más entusiasmado con aquella mujer, le dijo sinceramente:

—Estoy cansadísimo... ¡Si supieras qué tarde he llevado!... Me pareció en un principio que no podría seguir adelante, entonces tuve la dicha de

mirarte y al verte sonreír sentí dentro de mí todo el encanto optimista de tu sonrisa.

Eva no podía dar crédito a lo que oía. ¿Cómo era posible que su marido se expresase de aquella forma después de la entrevista que habían tenido? Sin embargo, le amaba tanto, que dejándose ganar por aquella dulce ilusión, lo estrechó en sus brazos, diciéndole:

—Juan, no me habías dicho nada tan agradable en muchos años... ¡Qué feliz soy!

Brock vio a los dos jóvenes abrazados y para impedir que uno y otro pudieran descubrirse, se acercó a ellos y le dijo a Juan:

—Perdone el señor... Le llaman al teléfono.

Entraron al despacho de Juan Chilcote y Loder le dijo al criado:

—Ha conseguido traer al señor Chilcote?

—No he podido despertarlo... Está peor que nunca.

—Pues algo hay que hacer... Todo esto se va complicando... Me estoy equivocando de mujeres y temo que de un momento a otro me descubra yo mismo.

—No se apure, nadie puede suponer el doblaje... Quien se marchó primero fué Lady Diana Joyce y la otra es su esposa.

—Ah, ya comprendo ahora.

—De quien está enamorado mi señor es de Diana, es una mujer algo impulsiva, no de mucho fiar, casi diría peligrosa...

—¿Y la otra es...?—preguntó Loder.

—La otra es la esposa... Se llama Eva. No está en buena armonía con ella, porque sabe lo de la otra. La trata muy ceremoniosamente. Ahora ya está al corriente y puede volver donde están los invitados.

Juan Loder volvió a salir al salón y el doctor de la casa se le acercó amablemente, diciéndole

—Chilcote, hijo mío, ha estado usted esta tarde enorme... Un discurso como para derribar al Gobierno más fuerte que haya... ¿Y ese hígado como va?

—Me parece encontrarme algo mejor—respondió Juan, suponiendo que su primo debería padecer del hígado, cuando se lo preguntaban.

El doctor vió a Eva que se acercaba y se adelantó hacia ella, diciéndole:

—¿No encuentra usted a su marido más animado, más fuerte?... Casi parece otro.

Juan experimentó de pronto cierto temor, creyendo que el doctor lo había reconocido. No obstante, conservó su serenidad y sonrió a Eva, que respondió al médico:

—En efecto, el paciente mejora

con gran rapidez. He podido comprobar que sus nervios están mucho mejor... Lo he observado durante toda la tarde.

—Y gracias a esa observación, he podido salir airoso del trance en que me veía—exclamó Juan—. ¿Quién no se siente con valor al saber que lo están mirando unos ojos tan bellos?

Eva sonrió dichosa ante la galantería del que ella creía que era su marido y se apoyó mimosamente en su brazo, mientras él la acariciaba con dulzura la mano que tenía cogida entre las suyas.

Al fin terminó la recepción de los invitados y Juan corrió en busca de Brock, diciéndole, cuando se encerró en su despacho:

—¡Qué día!... ¡Gracias a Dios que ha terminado esta situación!... Hay que traer al señor Chilcote...

—Imposible, señor—respondió el criado—. El señor Chilcote está igual y sería peligrosísimo el traerle en ese estado. Es mejor que pase usted aquí la noche y mañana cuando esté más aliviado mi señor, lo traeré aquí.

—No puede ser—respondió Loder—. ¿Cómo quiere usted que yo me quede a dormir en una casa que no es la mía?... Imposible de todo punto.

—No hay más remedio, señor—insistió Brock—de lo contrario se descubriría todo.

—Eso es una locura... ¿No ve us-

ted que estoy temblando de miedo? Si no sé ni cómo pude cenar aquí.

—Sin embargo, puedo asegurarle que no lo mostró usted. Sabe disimular muy bien su nerviosidad. Cuando entré en el comedor le oí hablando con la señora y puedo jurarle que lo hace muy bien.

—Así y todo yo no estaré tranquilo hasta que me vaya... Es preciso que esta misma noche traiga al señor Chilcote.

—Ya le he dicho que no puede ser—insistió el criado—. Además, comprenda que no se trata de usted solo... Estamos comprometidos los dos, y aunque no sea más que por mí...

Juan Loder consintió al fin quedarse allí aquella noche y Brock le dijo:

—Yo me voy a cuidar a mi señor, mañana por la mañana, el ayuda de cámara le entrará el café. Aquí estará seguro y nada podrá ocurrirle.

Juan miró todo su dormitorio y al ver una puerta a la derecha, le preguntó:

—¿Dónde da esa puerta?

—Al dormitorio de la señora Chilcote. Está cerrada desde hace mucho tiempo.

—Está bien—terminó diciendo Juan Loder—. Cuando quiera usted puede marcharse.

Salió el criado y Juan Loder recogió el pijama que había dejado Brock

sobre la cama y se mudó de ropa, luego encendió un cigarro y se sentó en una butaquita para distraerse con las espirales del humo al mismo tiempo que pensaba en todo lo que le había sucedido aquel día y que no podía ser más extraordinario.

Brock, al salir de su casa, se fué directamente en busca de su señor. Preguntó a la patrona por Juan Loder, y ésta le dijo:

—En todo el día no ha salido de su habitación... Es algo horrible lo que le ha pasado al pobre señor... El que era tan bueno, que parecía tan fuerte, da pena verle ahora... Esto es incomprensible...

Brock no quiso darle explicaciones a la patrona y entró en la habitación donde estaba Juan Chilcote, quien acababa de leer la prensa de aquel día. Cuando vió entrar a su criado, se echó a reír irónicamente, y le dijo

—Lo hago muy bien, Brock. Mira lo que dicen los periódicos, que he pronunciado un gran discurso en el Parlamento, que el Parlamento se tambalea, que he solucionado la huelga en mis astilleros...

Brock no se atrevía a responder una palabra. El estado en que se encontraba su señor era en verdad alarmante y había que tener con él un cuidado extremo. No se le podía

contradecir en lo más mínimo para no excitarlo y Chilcote continuó diciendo en son de burla:

—Ha sido un éxito, que todo el mundo me atribuye a mí.

—En efecto—respondió el criado—. El señor ya puede volver a su casa cuando quiera.

Juan Chilcote se levantó, haciendo un gran esfuerzo y exclamó:

—No quiero volver... No quiero saber más de toda aquella gente... No quiero saber nada de política ni con los amigos que continuamente me están sermoneando... Por eso vine aquí... para huir de ellos.

UN AMOR IMPOSIBLE

Pasaban los días y Juan Chilcote, en vez de mejorar seguía agravándose, por lo que Loder se veía precisado a seguir desempeñando aquel papel que aceptó creyendo que se trataba tan solamente de unas horas.

Diariamente se veía con Eva y él se daba cuenta de que la presencia de aquella mujer en su misma casa iba haciendo que en su corazón naciera un amor que resultaba imposible. ¿Cómo podía él abusar de aquella confianza que su primo había depositado en él, aun cuando más que confianza era egoísmo? Y en esta situación comprometidísima para Loder transcurrían los días sin que viera el final de aquel suplicio que para él se hacía insoportable.

Por otra parte, el amor que Eva

sentía por su esposo la hacía ser cariñosa, mimosa y condescendiente, hasta el punto de que Loder tenía que luchar con su propia voluntad para evitar cometer cualquier tontería.

Eva por su parte parecía que estaba más hermosa, se daba cuenta de que había recobrado el afecto de su marido y la alegría que sentía, la dicha de que gozaba en aquellos días la había incluso rejuvenecido. Sus mejillas habían adquirido el sonrosado color de antes, sus labios se mostraban apetitosos como una fruta en sazón y su cuerpo de diosa insinuaban las pronunciaciones de sus curvas maravillosas. Todo en ella era poesía y encanto, dulzura y belleza.

Muchas veces Juan Loder, después

de cenar se quedaba contemplando aquella mujer y Eva, sintiéndose admirada, le preguntaba sonriendo:

—¿Qué piensas?

Cuántas cosas le hubiera dicho él en aquel instante, pero sabía imponerse a su deseo y respondía:

—Pienso en la política... En el trabajo que da.

Eva no se dejaba engañar. Estaba segura de que no eran aquellos los pensamientos que tenía su marido, sino que por no quererle dar por vencido trataba de engañarla y no le decía que en lo que pensaba era en ella.

A tal punto llegó la difícil situación en que se hallaba Juan Loder, que éste le dijo un día a Brock:

—Estoy decidido a terminar de una vez esta situación. Esta noche iremos a traernos a mi primo, esté como esté.

—¿Y por qué esa precipitación?... ¿Qué puede haber ocurrido para que haya adoptado esa decisión tan repentina?

—Porque yo no quiero permanecer más tiempo aquí. No quiero seguir engañando a esa pobre mujer, que me cree su marido... Yo debo huir de ella, para que la dicha de que goza sea la verdadera, no la ficticia.

Brock sonrió. Las palabras de Juan Loder le habían revelado dos cosas. Una de ellas era que él estaba ena-

morado de Eva y la otra que era un hombre de honor, que sabía no aprovecharse de las ventajas que le concedía su situación.

Pensando en ello, y sin quererlo decir que había descubierto el verdadero motivo, le dijo:

—Está bien. Esta noche iremos a ver al señor Chilcote y le obligaremos a que se venga a su casa.

Y tal como se lo pensaron lo hicieron.

Aquella noche fueron los dos a casa de Loder y sin que los viera la patrona entraron a la habitación de Chilcote. Loder se quedó fuera para que Brock consiguiera convencer a su amo, a quien le dijo:

—Señor, es preciso que vuelva usted a su casa... Ya hace mucho tiempo que falta de ella y el otro no quiere estar más.

—¿Qué es lo que le hace falta?—respondió Chilcote, que no se podía ni levantar del lecho—. ¿Quiere más dinero?... Pues yo se lo daré. Que pida el que quiera, pero yo no voy. Aquí nadie me molesta... Puedo hacer lo que quiero.

—No quiere nada—le dijo Brock—. Solamente quiere su libertad, volver a recobrar su verdadera personalidad.

—Pues que espere un día más... Mañana volveré... Hoy es imposible.

Verdaderamente el estado de Juan Chilcote era lamentable. Sus fuerzas

eran casi nulas y la droga que lo había envenenado había hecho presa en él de tal forma, que parecía más bien un cadáver que se movía.

Ante la negativa rotunda de su señor, Brock salió adonde estaba Loder y le dijo:

—Es imposible sacarlo de aquí. Esperemos a mañana.

—Mañana—suspiró Loder—siempre mañana y ese mañana nunca llega.

—Está en un estado horrible—le dijo el criado—. Sería inhumano sacarlo de aquí. Vuelva usted a casa y acuéstese. Yo le velaré esta noche también.

Muy a pesar suyo, Loder volvió de nuevo a la casa de Chilcote y al entrar se encontró con Eva que todavía estaba despierta.

Se acercó a ella cariñosamente y le dijo:

—No esperaba encontrarte levantada.

Eva le sonrió deliciosamente y le dijo:

—Me quedé esperándote... Quería verte.

Estaba hermosísima. Juan no había visto ninguna mujer que fuera comparable con aquella. No comprendía como su primo, teniendo una esposa tan adorable como Eva, había recurrido a las drogas heroicas, cuando toda una vida parecía insuficiente pa-

ra adorar a aquella criatura celestial. Trató de disculpar la ausencia de aquel día y le dijo excusándose:

—No pude venir esta tarde... Estuve tomando un bocadillo con Fraser... El Parlamento se cierra y tenemos mucho trabajo.

Eva, temiendo que Loder pudiera marcharse al despacho, se sentó ante el piano y comenzó a tocar una pieza, hasta que por fin llamó a Juan a su lado y le preguntó

—¿Recuerdas cuando toqué esto por última vez?

Juan hizo un gesto como indicándole que lo recordaba y Eva suspiró con tristeza.

—¡Han ocurrido tantas cosas desde entonces!... Pero más vale no recordarlas ahora... Has cambiado tanto... ¡Qué orgullosa estoy ahora de tí! Solamente tengo una preocupación y es que trabajas demasiado... Ese Fraser y Lakely te agotarán si no te impones a ellos.

En aquel instante llamaron por teléfono y Eva se puso al aparato. Oyó la voz de Diana y sintió una angustia infinita. Comprendía lo que aquella mujer significaba en la vida de su marido, y sin responder a la llamada de Diana, le entregó el aparato a Loder, diciéndole:

—Te llama.

Este cogió el aparato y oyó a Diana que le decía:

—Quiero verte esta noche... Sea a la hora que sea... Te espero...

Juan miró a Eva, comprendió la angustia que sentía en aquel momento y para devolverle la tranquilidad, respondió a Diana:

—Lo siento, pero tengo una reunión y no puedo ir.

—Lo que haces es huirme—le dijo Diana—. Te prevengo que no te será tan fácil como crees librarte de mí... Haz lo que quieras pero yo te espero esta misma noche.

—Lo siento mucho—volvió a decirle Loder—, pero no me esperes, porque no iré. Ya te he dicho que tengo una reunión muy importante. No podré salir de casa en toda la noche.

Colgó el aprato y Eva se acercó a él agradeciéndole con una sonrisa lo que acababa de hacer y le preguntó:

—¿Quién ha de venir?

—Que yo sepa, nadie—respondió Juan.

—¿No decías que tenías aquí una reunión muy importante?

—Lo dije para que me dejara en paz.

Eva le echó los brazos al cuello y le dijo mimosamente:

—Me alegro que no salgas esta noche... Además, no trabajes hasta tan tarde como otras veces.

—Lo haré como tú dices—exclamó Juan—. Ante todo hay que sa-

tisfacer los deseos de una mujer hermosa como tú.

—¿Te parece que vayamos mañana a la fiesta de Fraser?—le preguntó Eva.

—Disponlo tú misma—respondió Juan—. Te dejo la iniciativa a ti.

La besó en la frente y se despidió de ella marchando a su despacho. Se puso a trabajar en algunos asuntos de política, pero tuvo que dejarlo inmediatamente. Tenía la mente llena de Eva. La veía ante sí riéndole adorablemente y se llevó la mano a la frente que le ardía. Abandonó el despacho y fué a encerrarse a su habitación.

Se sentó en una butaquita y su mirada se fijó en la puerta que comunicaba con la habitación de Eva. Allí estaba ella, allí estaba aquella adorable mujer que le había enloquecido con su dulzura y su belleza. Juan Loder pensaba en la difícil situación en que se hallaba colocado. Su amor por Eva, le impulsaba a veces a decirle la verdad a confesarle que no era él su marido, pero este mismo amor era el que le hacía callar, temeroso de perder la estimación de la joven.

Envidiaba a Juan Chilcote por aquel tesoro que poseía, sin que él supiera apreciarlo y hubiera dado cuanto se le pidiese por oír de boca de Eva una frase de amor dirigida a

él mismo, no al marido que ella suponía.

Pasaron cerca de dos horas y Juan Loder aun continuaba despierto. El sueño había huído de sus ojos y su pensamiento aun seguía lleno de la imagen de aquella deliciosa mujer. Se alegró de que la puerta que comunicaba con las habitaciones de ella estuviese cerrada para impedir cualquier indiscreción suya, llevado por aquella pasión que le embargaba. No se sentía con fuerzas para resistir todos los encantos de Eva y sin embargo asimismo se decía que no tenía derecho a ofenderla. La mayor prueba de amor que podía darle era el saberla respetar.

De pronto oyó un leve ruido en la puerta que daba a las habitaciones de Eva y vio que aquélla se abría suavemente. Su extrañeza fué aún mayor cuando vio aparecer a la joven, que se dirigió a él diciéndole, risueña:

—¿Puedo pasar?

Eva estaba bellísima. Sin los pomposos trajes, vestida íntimamente, sus encantos resaltaban aún más. Era tal y como Juan Loder la había soñado: una criatura toda espiritualidad y armonía. Sus ojos, de un negro de azabache encendido, brillaban como dos luceros y sus labios, al sonreír mostraban por aquella he-

rida sangrante de su boca unos dientes de blancura cristalina.

Eva, ante la contemplación del que ella creía su marido, esperó a que éste le diera permiso para entrar, y Juan Loder, levantándose rápidamente, le dijo:

—Pasa... ¡Creí que ya estarías durmiendo!

—¿De veras no te molesto?—preguntó ella con cierto temor.

—Al contrario, respondió amablemente Juan—. Hace un instante, casi llamo a tu puerta.

—¿Y por qué no lo hiciste?—preguntó.

Juan no supo qué excusa dar y le respondió:

—Era muy tarde y sentí molestarte... Pero te aseguro de que me alegro de que hayas venido.

Eva le echó los brazos al cuello, lo envolvió con una mirada que era de fuego y la preguntó anhelosa:

—¿De veras deseabas que viniera?

—Ya te lo he dicho — respondió Juan haciendo un esfuerzo para no estrechar en sus brazos aquel cuerpo divino y comérselo a besos.

—¿Y me querías?—preguntó algo provocativa ella, viendo que su marido se decidía a acariciarla.

Juan Loder no supo qué explicación darle, comprendía que era imposible que deseaba que viniese, porque la amaba con todo su corazón y

porque ansiaba sus besos con el mismo deseo que el sediento ansía el agua. Eva repitió nuevamente con mayor insinuación la pregunta y Loder le respondió:

—Pues... quería... que vinieses para que tomases un bocadillo conmigo... Solo, no me atrevo con ellos.

Eva se soltó de Juan Loder y acercándose a la cama de éste, respondió:

—Agradezco tu galantería, pero nunca me gustaron los bocadillos.

Loder sentía que la vista se le nublaba. Aquel suplicio al que se veía sometido era mayor que sus fuerzas. Se necesitaba toda su honradez y toda su fuerza de voluntad para no olvidarse de quién era y no saltar por todos los obstáculos y apoderarse de aquella mujer que se le ofrecía apetitosa.

Eva, en vista de que él no se le acercaba, volvió nuevamente a abrazarle y le dijo:

—¿Sabes lo que quiero?

—Si tú no me lo dices—respondió Juan Loder.

—Pues quiero algo como en los buenos tiempos... ¿Te acuerdas?

—¿Me quieres igual?—preguntó Loder por decir algo.

—No—respondió ella—. ¡Te quiero mucho más, nunca te he querido como ahora.

—¿De verdad?—replicó él.

—Sí—insistió ella—. Desde que el nuevo Juan ha vuelto a mí, creo que jamás quise al otro. ¿Te molesta que te diga lo que siento? ¿O crees que después de lo ocurrido entre nosotros es de mal gusto decirte que te amo?

Juan Loder, sin poderse contener más, al sentir enlazado a su cuello los cálidos brazos de Eva, perdió la noción de lo que hacía, la estrechó fuertemente contra su pecho y exclamó:

—Un hombre debe enorgullecerse siempre del amor de una mujer.

Y la besó apasionadamente en la boca, como si en aquel beso le quisiera transmitir todo el amor que por ella sentía.

Aquel acto fué un momento de ofuscamiento, un instante en que dejó en libertad sus sentidos acallando su conciencia; pero pronto reaccionó y su apartó de ella, yendo hacia la chimenea para avivar la lumbrera.

—¿No crees que somos un poco absurdos los dos?

—Eso pienso—le dijo él—. Tú no debías quererme, después de lo que ha pasado entre nosotros... ¿Por qué lo haces?

—Porque te lo perdono todo... Se que me amabas, que has vuelto a mí y ese es mi mayor orgullo y mi dicha mayor.

Juan Loder fué hacia donde estaba

ella, iba a cogerla en sus brazos, pero se apartó bruscamente. Recordó cuál era su misión, y antes de faltar a su deber exclamó:

—Pero yo quiero vivir mi vida a mi modo... Hasta ahora había vivido sin ti... ¿Porque te marchaste?

—Porque no podía sufrir tu crueldad—le respondió ella—. Pero ahora eres otro, ahora eres el Juan con quien siempre soñé, por el que daría mi vida entera.

Loder quería terminar de una vez aquella situación peligrosísima; estaba dispuesto a hacer dejación de aquella mujer y adoptando al mismo aire que si fuera el propio Chilcote, le dijo con la intención de librarse de ella:

—¿Y por qué quieres ahora soportar mi crueldad?

—No lo sé—replicó ella—. Lo único que sé es que eres un hombre distinto, un hombre a quien nunca he conocido... a quien quiero más que nunca... Con todo lo pasado no quiero dejarte más, ahora que te encuentro tal y como yo lo deseaba.

Loder quiso mostrarse cruel con ella. Estaba decidido a no dejarla seguir por aquel camino, y para evitar las consecuencias que pudieran derivarse de aquella mala interpretación, le respondió burlonamente:

—¿Eso es lo que puede hacer en ti un buen discurso en el Parlamento?

Eva sintióse ofendida. Su amor de mujer se veía rebajado con aquella suposición, no podía consentir que su marido la creyese enamorada de su talento más que de él mismo y se arrojó de la cama, diciéndole severamente:

—¡No te perdonaré nunca el haber dicho eso!

—¡Mejor!—respondió Loder, haciendo sobre sí mismo un gran esfuerzo para aparecer descortés a los ojos de ella—. De esa forma te irás y me dejarás tranquilo... Quiero estar solo.

Eva le oía extrañada. ¿Era posible que aquel hombre fuese el mismo que segundos antes la tenía en sus brazos y la besaba apasionadamente? ¿Qué había ocurrido para aquel cambio tan brusco? Es decir, que después de haberse hecho la ilusión de haber recuperado su amor se veía nuevamente despreciada por el hombre a quien amaba con toda su alma. Indignada con aquel proceder, le dijo:

—¿Por qué no dejastes las cosas como estaban?... ¿Por qué me hiciste creer que nuestro amor era posible otra vez?... ¿Qué derecho tenías a hacerme imposible la vida por dos veces?

Loder callaba, sin saber qué contestar. ¡Cuánta razón tenía aquella mujer! ¿Cómo había podido él hacer que ella sospechase que la amaba?

Verdaderamente era cruel lo que hacía con ella, pero más cruel hubiera sido aprovecharse de su engaño y proceder canallesamente. De aquel modo se captaba el odio de Eva, pero nunca su desprecio. Tal vez, algún día llegara a saber la verdad y al darse cuenta de su sacrificio le agradeciera la nobleza con que la trataba.

Otro, en su lugar, hubiera saltado por todos los convencionalismos sociales; pero Loder era, ante todo, un caballero, un hombre de honor y sabía hasta qué punto podía llevar su engaño, sin traspasar los límites de la prudencia.

Por lo mismo dejó que ella se desahogase, diciéndole todo lo que pensaba de su conducta y cada frase de ella acusándole de inhumano, sentía que su corazón lloraba amargamente el momento que hacía pasar a la joven.

Esta, erguida ante él, con toda su majestuosa belleza, parecía desafiarlo con ella, y le dijo finalmente:

—Está bien; puesto que lo quieres, sea tu deseo cumplido; pero te advierto que viviré en esta casa y no

te permitiré jamás que a solas tengas conmigo la menor confianza... Nuestras vidas, desde este instante, quedan separadas eternamente...

Y sin esperar la respuesta de él, ofendida como una reina a quien se le niega la pleitesía de sus vasallos, salió de la habitación del que ella creía su esposo y se encerró en la suya.

Loder, impulsado por una fuerza extraña, corrió hacia la habitación de Eva; pero al llegar a la puerta se detuvo y retrocedió otra vez a donde estaba.

¿Qué excusa podía él dar a su conducta? Lo único que podía disculparle y enaltecerle a los ojos de ella era la verdad. Tendría que confesarle que él no era Juan Chilcote, sino Juan Loder, tendría que decirle que su marido estaba en su casa y que él había tomado su personalidad para aparecer ante el mundo como el célebre diputado de quien todos hablaban.

Pero al decir esto, al confesar el engaño en que la había tenido hasta entonces, Eva le perdonaría tal vez su conducta de aquella noche, pero

lo que no le perdonaría sería la burla de que la había hecho objeto diciéndole que era su esposo.

Oyó a Eva acostarse y, algo más tranquilo, decidió hacer él lo mismo.

Se acostó, y pronto, como todo aquel que tiene la conciencia limpia de todo pecado, quedó profundamente dormido, para soñar con Eva y con el amor que por ella sentía.

LA FIESTA DE FRASER

Para celebrar el triunfo político obtenido por la intervención de Juan, Fraser dió una fiesta en River Club, a la que fueron invitados todos los amigos íntimos del partido.

Esta fiesta tenía lugar al día siguiente de la escena que acabamos de relatar, y cuando a la mañana siguiente se vieron de nuevo Eva y Loder, éste le dijo:

—Esta tarde se celebra la fiesta de Fraser a la que prometiste ir... ¿Sigues en tu promesa?

Eva lo miró fijamente. En aquel momento Juan era distinto a como lo vió ella al salir de su habitación, otra vez volvía a ser el hombre aten-

to y galante de otros días y Eva se esforzaba vanamente por llegar a comprender a qué se debía aquellos cambios tan bruscos en la actitud de su marido.

Queriéndole dar una lección que le sirviera de ejemplo, le dijo irónicamente:

—Yo jamás mudo de parecer. Di mi consentimiento para ir a esa fiesta y lo haré.

—Muy agradecido—respondió Loder—. Temí que no quisieras venir.

—Te ruego—le dijo ella bajando la vista avergunzada—que no vuelvas a hacer alusión a lo ocurrido entre nosotros anoche.

Loder comprendió su indiscreción y calló, para no dar lugar a una nueva explicación que agriase aún más el afecto de la joven hacia él.

Mientras ellos se preparaban aquel día para asistir a la fiesta de Fraser, Diana, que había llegado a sospechar algo anormal en la conducta de Juan, hizo llamar a un detective, y le dijo:

—Necesito saber si el que se hace pasar por Juan Chilcote es en efecto el mismo.

—¿Duda usted de su personalidad?—le preguntó el detective.

—Desde luego. Es cierto que nada hasta ahora hace que mis sospechas sean fundadas, pero tengo el presentimiento de que hay algo extraordinario, algo anormal en este asunto y necesito que me lo aclare.

Le dió cuantos informes le hacían falta al detective y quedó algo más tranquila, pensando que aquella misma tarde sabría a qué atenerse, respecto a la verdadera personalidad de Juan Chilcote.

También Brock había ido a ver a su señor y éste, al verlo le preguntó irritado:

—¿Qué quieres? ¿Vienes a molestarte nuevamente?

—Se trata del señor Loder—respondió el criado.

—¿Qué es lo que desea?—preguntó nuevamente Chilcote.

—Pues que no hay manera de vencerlo... No quiere seguir más tiempo desempeñando el papel que hace.

—Pues págale más... Dale todo el dinero que quiera, pero que me dejen en paz—exclamó Chilcote.

—No puede ser, señor—respondió el criado, que temía las consecuencias de la pasión que él había adivinado que había nacido en Loder—. Debe usted volver a casa... Le he traído su ropa para que se cambie.

—¿Por qué ese deseo tuyo?... ¿Qué ocurre para que quieras obligarme a ir nuevamente a la casa?

—Es que debe usted pensar en algo más que en usted—le dijo el criado—. Piense usted que Lady Joyce está por medio... ¿Quién sabe lo que puede ocurrir?

Lo que no habían conseguido las súplicas lo consiguieron los celos, y Chilcote exclamó indignado:

—¿Se atrevería acaso?... Es decir, que no sólo quiere ocupar mis zapatos, sino también mis zapatillas.

El criado calló, esperando que su

señor se decidiera a salir de aquella casa que voluntariamente había convertido en su encierro.

Precipitadamente se vistió y cuando ya estuvo listo le preguntó al criado:

—¿Dónde está ahora?

—En el River Club—le respondió Brock—. El señor Fraser da allí una fiesta en su honor.

Minutos después, amo y criado salieron de allí sin que nadie los viese, y se dirigieron hacia el lugar donde se estaba celebrando la fiesta.

Juan Loder era en aquellos momentos objeto de todas las atenciones; las damas se disputaban el honor de bailar con él, y Eva sufría en silencio por aquel amor que ella sentía por el que creía su marido.

Vino a sacarla a bailar un antiguo político, y mientras bailaba con ella, le hizo ver la dama con quien bailaba Loder, y le dijo:

—Su esposo está bailando con Lady Wellington, ¿sabe usted lo que eso significa?

Eva negó con la cabeza, y el político le dijo de nuevo:

—Pues, sencillamente, que pronto será primer ministro de Inglaterra.

—¿Tanta influencia tiene Lady Wellington?—preguntó curiosamente Eva.

—Según la leyenda—siguió explicándole su compañero de baile—, el

que Lady Wellington elige por pareja está a punto de ser primer ministro.

Terminaron de bailar, y al volver Eva al lado de Loder, se acercó a ellos el médico y le dijo a la dama:

—Eva, está usted hoy arrebatadamente hermosa... Ha hecho muy bien en volver al lado de Juan... Ha cambiado usted por completo a este hombre.

Eva sonrió, pensando en lo equivocados que estaban todos al creer que con su presencia había cambiado la vida de Juan.

De pronto, el corazón de Eva latió violentamente. Había visto entrar en aquel momento a Diana, acompañada de un desconocido y que hablaba con él en voz baja.

Diana, sin apartar la vista del grupo que formaba Eva y Juan, le dijo al detective, que era su acompañante en aquel momento:

—Ahora conocerá al hombre que le digo... Voy a bailar con él.

—Esperaré aquí—respondió el otro.

En efecto, Diana se acercó a ellos, y después de saludar a Eva, le dijo a Loder:

—¿Quiere usted que bailemos?

Loder no pudo rehusar y ofreció su brazo a Diana para ir hasta el centro del jardín, donde se celebraba el baile.

Una vez que empezaron a bailar, Diana le preguntó insinuante:

—Dime, Juan, ¿es verdad que cierto importante personaje emplea un «doble» en algunas ocasiones?

Loder no supo qué contestar. La pregunta le había cogido tan desprevenido que mientras que pensaba la respuesta Diana siguió diciéndole:

—¿Crees que es posible que una persona sea exactamente igual a otra?

—Según sea su parecido—respondió Loder—. A veces, se dice que una persona es igual a otra simplemente porque se parece en algo.

—No—siguió diciéndole Diana—; en este caso todo es idéntico... Su voz... su cara... su expresión... en fin, todo.

—No lo he pensado nunca—respondió Loder—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque pensaba en si un hombre podría desvanecerse en la niebla, desaparecer completamente de la vida y otro ocupar su lugar.

—Lo dudo—respondió Juan—. Eso es casi imposible.

—No debe serlo, cuando tú mismo lo has dicho... Recuerda que una vez me lo dijiste. ¿Lo has olvidado?

Loder creyó oportuno un arranque propio de los de su primo, y exclamó de nial talante:

—¿No esperarás que recuerde cuanto he dicho en mi vida?

—Pero hay cosas, como esa, que se olvidan difícilmente.

—¡Tal vez estaría bebido!

—Sí—respondió ella—. Eran los tiempos en que bebías y hacías otras cosas; ahora has cambiado por completo...

—Esas cosas son tonterías tuyas... Eso es un absurdo.

—Un absurdo para quien intentara suplantar de esa forma una personalidad... Más que absurdo, peligroso.

Mientras bailaban había conseguido llevar a Juan hasta cerca del salón, y éste, al darse cuenta de que ella quería quedar a solas con él, rehuyó el momento y se separó de ella diciéndole:

—Perdóname un momento... Mi esposa me espera y he de darle alguna explicación.

Se separó de la joven y fué donde estaba Eva, que no había dejado de espiarlos un instante, y le dijo:

—Es preciso que nos vayamos, Eva.

—¿Por qué?—preguntó ésta mirando a Diana, y en la seguridad de que aquella huida de su marido se debía a la joven rival.

—Sé que no tengo derecho a exigirte nada—respondió sumiso Loder—; pero te ruego que no me preguntes... Sería demasiado molesto para los dos... Vámonos inmediatamente, el coche está en la puerta.

—Como tú quieras—respondió Eva, en la seguridad de que su marido huía de Diana, para no dar lugar a una escena desagradable en aquel lugar. Recordó la conversación que la noche anterior había tenido por teléfono, y pensó que Diana habría venido a exigirle una rectificación de su conducta. Agradeció a Loder aquella prueba de respeto que le daba y se cogió de su brazo para salir de la casa.

Al cruzar un saloncito que daba con el pasillo donde estaba la puerta, les salió al encuentro Diana y el detective. Aquella, con una sonrisa burlona, le preguntó a la joven, afectando una gran amistad:

—¿Se marchan temprano?

—Sí—respondió Eva—. Juan no se encuentra muy bien.

—Son los nervios—respondió Juan. Nervios, nada más que nervios.

En aquel mismo instante entraba el verdadero Juan Chilcote. Lo hizo tan sigilosamente que nadie advirtió su presencia, excepto Loder, que le vio llegar. Comprendió el ridículo y la embarazosa situación que se originaría al encontrarse frente a su primo, procuró disimular todo lo que pudo, con el fin de salir antes que él entrara. Pero Diana, que había advertido la cicatriz que Loder tenía en la muñeca, cosa que jamás le ha-

bía visto, le cerró la salida, diciéndole al detective:

—¡Este hombre no es Juan Chilcote, sino alguien que le suplanta!

Eva miró a Loder, extrañada de aquella afirmación tan categórica, y Diana siguió diciéndole al detective:

—No perdamos tiempo.

—Debe estar loca—exclamó Loder mirando a Eva, que le interrogaba con la mirada.

Eva se volvió hacia Diana, que seguía hablando con el detective, y Loder aprovechó aquel momento para ocultarse tras una cortina, precisamente en el mismo instante en que Chilcote ocupaba su sitio, sin darse cuenta.

Segura Diana de haber descubierto al fingido Chilcote, continuó diciendo al detective:

—Para que vean que no estoy equivocada me comprometo a probarlo ahora mismo.

Chilcote miraba extrañado a Diana, sin saber qué era lo que decía, y ésta se dirigió a él y le dijo:

—Pruebe usted que es Juan Chilcote.

—¡Yo no tengo que probar nada—respondió airadamente Chilcote, mientras que Loder, aprovechando la ocasión se escurría silenciosamente por el pasillo y ganaba la puerta de la calle.

—¿Ve usted cómo se niega?—exclamó Diana—. Mire usted la muñeca de ese hombre... Tiene una cicatriz en la mano izquierda, que Chilcote jamás tuvo.

—Lo hubiera visto su señora—respondió el detective.

Diana sonrió burlonamente y le dijo:

—Tal vez ella no lo sepa, pero yo sí... Comprendo que Eva no quiera creerme; sería un escándalo bochornoso para ella el haber convivido con un hombre que no es su esposo. Nadie querrá creer que ella lo ignore... Pero si Chilcote ha desaparecido, Scotland Yard debe averiguar qué es lo que ha sido de él.

—Usted debe de estar equivocada, Diana—murmuró Eva—. Yo habría visto esta cicatriz en la muñeca de mi marido.

—Pues si está equivocada o no, lo veremos ahora.

Y antes de que Chilcote pudiera evitarlo, se apoderó de su mano izquierda y subió el puño de la americana dejando al descubierto la muñeca izquierda que apareció limpia de toda cicatriz.

—Pero, Diana—protestó Chilcote—, ¿quieres acabar de una vez de manosearme? ¿Te has propuesto acabar con mi paciencia?

Diana no sabía qué partido tomar ni a qué atribuir aquello. Ella estaba

segura de que momentos antes había bailado con el falso Chilcote y que le había visto en la muñeca izquierda aquella cicatriz de que había hablado. ¿Cómo había desaparecido ésta?... ¿Era aquello arte de magia o de brujería, o a qué podía atribuirse? Lo que menos podía sospechar era que se hubiera efectuado un cambio de personalidad de una forma tan extraña como el realizado. Lo único que había de cierto en todo aquello era que su fracaso había sido enorme. Ante los ojos de Eva había quedado otra vez vencida y sintió que la rabia se le subía al rostro.

Eva, para lograr por completo su victoria, le dijo a su marido:

—¿Creo que podremos irnos ahora, Juan?

—¿Irnos?—exclamó Juan—. Tú puedes irte si quieres, yo me quedo.

—¿No me dijiste que no te encontrabas bien?

—Déjate de tantas preguntas—respondió su marido—. Si tú quieres ir puedes hacerlo cuando te dé la gana; yo me quedo.

Y dirigiéndose a Diana, le ofreció su brazo, diciéndole:

—Vamos a beber, Diana.

—Lo que quieras—respondió ella, mirando orgullosamente a Eva, como diciéndole que si por un lado había quedado vencida, en otro resultaba vencedora.

Eva sintió profundamente aquella humillación de su esposo, y le dijo al señor Lakely que pasaba por el hall:

—¿Quiere usted hacer el favor de acompañarme a mi casa?

—Con mucho gusto—respondió el político, pensando que entre Chilcote y su mujer debía haber tenido lugar alguna de aquellas escenas desagradables a que tan corrientemente daba motivos la conducta de Juan.

LA DUDA

El incidente ocurrido en River Club hizo nacer la duda en el ánimo de Eva. Comenzó a dudar de que aquel hombre pudiera ser su propio esposo. La suplantación de su personalidad venía a explicar muchos hechos que hasta entonces no habían tenido explicación para ella. Cuanto más pensaba en la actitud del que ella había tomado por su marido, más se profundizaba en Eva el pensamiento de que aquel Juan Chilcote no era el verdadero. Lo demostraba su actitud con ella, el respeto que le había demostrado siempre y hasta en sus mismos arrebatos de ira, en los que quería aparecer con una grosería que no conseguía nunca manifestarla.

Era indudable que había tomado por esposo de ella misma a un hom-

bre que le era conocido; las causas que habían motivado aquella sustitución las desconocía, pero lo que era innegable que fuese, el que fuese su propósito, con respecto a ella se había portado con una caballerosidad admirable, mucho más de elogiar cuanto que su corazón de mujer estaba seguro de que él le amaba.

Y en este caso no era lo peor el amor que aquel desconocido sintiera por ella, sino que Eva se confesaba a sí misma de que también ella estaba enamorada de él. Aquellos días, durante los cuales habían vivido unidos en el mismo hogar habían servido para que, creyéndole su esposo y viendo su cambio de actitud, se entregase al amor que siempre le había profesado y que ahora se considera-

ra impotente para poder prescindir del hombre que también había sabido portarse con ella.

Loder, en cuanto pudo huir de donde se celebraba la fiesta, corrió a su propia casa, y una vez allí, se sintió libre de tener que estar continuamente fingiendo una personalidad que no era la suya... Desde aquel momento podría llamarse otra vez Juan Loder, y esto le causaba una inmensa alegría, aunque por otro lado el pensamiento de Eva no podía arrancarlo de su mente.

Sufría al pensar la vida que le esperaba a aquella mujer, digna por todos conceptos de ser amada y adorada. Eva era la personificación de la bondad y de la hermosura y se necesitaba estar tan ciego como lo estaba Chilcote para no advertir el valor de aquella mujer que la fortuna había colocado en su vida.

Cuando más ensimismado estaba en aquellos pensamientos, oyó que se abría sigilosamente la puerta del cuarto y que aparecía Brock llevando a Chilcote, que apenas si podía dar un paso.

Loder se levantó indignado y le dijo al criado:

—¿Por qué lo trajo aquí?

—No tuve más remedio—respondió el criado—. Ha estado todo el día muy mal; luego ha vuelto a beber y no da señales de vida.

—Pues haberlo llevado a su casa... ¿Cree usted que me voy a pasar la vida unido a la suerte de este hombre?

—Suerte verdaderamente deplorable—respondió el criado.

—Pero yo no lo puedo remediar... Debí usted llevarlo a su casa, allí siempre estará mejor tratado que no aquí.

—Es que quería evitar este dolor a la señora. Ella, que es tan buena, ha sufrido demasiado, y no es merecedora a este nuevo dolor.

—¿Y cómo ha dado con él? Yo lo dejé con su esposa.

—Pero debí abandonarla... Yo lo encontré solo y lo traje aquí... Temí que le ocurriera algo por la calle... Llamaré a un médico.

—Haga usted lo que quiera, Brock—le respondió decidido Loder—; pero mi misión ha terminado y no estoy dispuesto a seguir desempeñando este papel. Además, he tomado pasaje para el Canadá y salgo esta misma noche.

—No haga usted eso, se lo suplico—le dijo el criado angustiosamente.

—¿Por qué no?—le preguntó Loder.

—Porque el señor Fraser irá a verle esta noche, y debe usted hablar con él. Quería verle esta misma tar-

de; pero yo conseguí entretenerle... Se trata del nuevo Gabinete.

—¿Y qué me importa a mí esa crisis?—respondió Loder—. Yo hice lo que hice con la condición de que luego este hombre cargaría con las consecuencias.

—Claro que le importa a usted—le dijo el criado—. Usted piensa en Inglaterra, y debe pensar también que esta crisis debe ser resuelta por usted.

Loder empezaba a dudar nuevamente. Su vacilación era hija del cariño que sentía por su patria, y el criado, al verlo en aquella actitud, arreció en su súplica, diciéndole:

—Ha hecho tanto por él, señor Loder... Haga esta última cosa.

—No, no puede ser—exclamó débilmente Loder—. Sería una nueva locura y ya he hecho bastantes.

—Pues haga esta última... Le doy mi palabra de que será la última, pase lo que pase. El Parlamento se cierra mañana y mañana mismo puede usted ausentarse...

Loder seguía vacilando, quería encontrar un argumento con fuerza bastante para destruir el ruego de Brock, y, finalmente, no encontrando otro, le dijo:

—Esto que hacemos sólo disgustos puede traernos a todos...

El criado lo miró comprensivamente y le respondió:

—El mayor disgusto para ella sería que usted se fuese y dejase las cosas abandonadas. Vuelva usted a la casa, aunque sólo por esta vez.

Loder terminó al fin dejándose convencer, y le dijo al criado:

—Está bien, Brock... Iré, pero que conste que sólo por esta vez... Nunca más lo volveré a pedir.

—Se lo prometo—respondió Brock.

Loder miró nuevamente a Chilcote, que echado sobre la cama, apenas si movía un sólo músculo de su cuerpo, y movió la cabeza compasivamente, pensando en la ruina de aquella vida, que no tardaría en tener su fin. Suspiró ante el espectáculo que se le ofrecía a su vista, y le dijo al criado:

—Nada puedo yo hacer aquí... Vaya a llamar a un médico... Yo volveré a la casa de este hombre para recibir a Fraser.

Salió de la habitación, procurando no ser visto por la dueña, y apenas había salido, la patrona, que le pareció oír ruidos en la habitación del enfermo, entró diciendo:

—Creí oír al señor Loder llamarme.

—No lo ha hecho, pero yo iba a llamarla ahora.

—¿Qué sucede?—preguntó la mujer, viendo a Chilcote arrojado sobre la cama.

—Algo muy desagradable... Está muy mal y voy a llamar a un médi-

co... Quédesse aquí hasta que yo vuelva.

Salió Brock para ir a buscar al médico, y mientras tanto la patrona se quedó velando al enfermo.

El estado de Chilcote era verdaderamente desesperado. Su alcoholismo y las drogas tóxicas que había tomado le daban el aspecto de un cadáver. Su pecho se agitaba pesadamente al compás de una respiración fatigosa, y todo su cuerpo permanecía en una quietud mortal.

La patrona lo miraba compasivamente, pensando en lo mucho que había cambiado aquel hombre, y en esta meditación se hallaba cuando el enfermo abrió pesadamente los ojos y llamó en voz baja.

La patrona se acercó a él, y Chilcote le dijo:

—Deme mi medicina... Ya sabe.

La patrona se levantó y fué en busca de una botella que contenía whisky y que ya estaba completamente consumida. La miró al trasluz y volvió otra vez donde estaba el enfermo, diciéndole:

—Está vacía... Ya no queda nada.

Nuevamente permaneció en silencio y al cabo de unos minutos sonaron varias campanadas, que hicieron preguntar a Chilcote:

—¿Qué ruido es ese?

—Es la hora, señor—respondió la patrona.

—¿La hora de quién?—preguntó Chilcote, como si presintiera su próximo fin.

—La hora de la catedral—replicó la patrona.

Un nuevo silencio se hizo entre los dos, y Chilcote dejó caer nuevamente la cabeza sobre la almohada. Sentía que las fuerzas iban faltándole, apenas si podía coordinar sus ideas, y una nube espesa se interpuso ante sus ojos, impidiéndole ver. Quiso levantar un brazo para pedir auxilio, pero ni aun esto pudo, y al cabo de unos segundos la respiración se hizo más defectuosa, hasta que, por fin, exhaló el último suspiro. Juan Chilcote había dejado de existir, sin que nadie tuviera a su lado que le cerrara cariñosamente los ojos. Su egoísmo había sufrido aquel castigo que él mismo parecía haberse impuesto a sí mismo.

La patrona, poseída por el miedo de verse sola con un cadáver abandonó la habitación, y al ir a salir vio que entraba Brock y un médico municipal que había ido a buscar. Se acercó a ellos, y queriéndoles decir que ya no hacía falta el doctor, exclamó:

—Han llegado ustedes tarde; todo ha terminado.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó el criado.

—¡Que ha muerto! — respondió nuevamente la patrona.

El facultativo se acercó al cadáver de Juan Chilcote, lo examinó detenidamente, hasta que al final se volvió al criado y le dijo:

—Este hombre acaba de morir de un ataque al corazón.

Brock bajó la cabeza ante aquella desgracia, y el médico, para extender la defunción, preguntó:

—¿Cómo se llamaba?

—Juan—respondió la patrona, sin esperar a que Brock diera el nombre.

—¿Juan qué?—insistió el facultativo, inquirendo el apellido.

—Juan Loder, señor—respondió otra vez la patrona.

Brock se dió cuenta de la falta que estaba cometiendo su patrona. El dar allí el nombre de Juan Loder era hacer desaparecer su apellido para siempre. Tuvo la intención de rectificar, pero inmediatamente se arrepintió, pensando que el que llevaba ahora el apellido de Chilcote era más digno de ostentarlo que no el que había muerto, y calló para que el cambio fuese absoluto.

El médico se volvió a Brock y le preguntó:

—¿Era su verdadero nombre?

—Sí, señor—respondió el criado—. Se llamaba Juan Loder.

El facultativo extendió el nombre

en su libreta y en vista de que ya no le quedaba nada que hacer allí, se despidió del criado y la patrona, diciéndoles:

—Yo mismo entregaré el parte de defunción en el registro... No tienen que molestarse por nada.

—Gracias, señor — respondió el criado.

Y durante unos segundos quedó solo frente al cadáver del que hasta entonces había sido su señor, pensando que aquella vida tan mal gastada terminaba de la forma más anodina que podía esperarse.

Dió algunas órdenes a la patrona respecto a lo que debía hacer durante su ausencia, y se fué a la casa de su antiguo señor.

Al entrar allí, antes de poder hablar con Loder, Eva lo llamó y le hizo entrar a su habitación particular.

Brock, ante aquella llamada, comprendió que algo muy importante tendría que decirle su señora, y se preparó para lo que pudiera suceder.

Eva, una vez que estuvo encerrada con él, empezó diciéndole:

—Brock, usted ha sido siempre fiel a esta casa, y últimamente me ha demostrado serlo también a mí.

—La señora puede tener esa seguridad—le respondió Brock.

—Entonces querrá usted contestarme a una pregunta que voy a hacerle.

—Tendré mucho gusto en ello, señora—respondió el criado.

—¿Lo hará con sinceridad, como se hablase consigo mismo?—le preguntó Eva.

—Procuraré hacerlo así—replicó el criado.

—¿Por qué está ese hombre en esta casa en vez de mi marido?

Aun cuando Brock estaba preparado para algo semejante, la pregunta fué hecha de una forma tan decisiva, que calló, sin saber qué contestar.

Eva siguió diciéndole:

—Es inútil que intente engañarme. Sé quién es él y sé también que usted sabe que no es el señor Chilcote... Explíqueme la causa.

Brock le refirió detalladamente cómo había conocido a Loder, cómo había aceptado éste el hacerse pasar por Chilcote y, últimamente, los deseos de Loder de abandonar la casa.

—¿Y por qué se quiere ir?—preguntó Eva.

—Porque quiere recobrar su verdadera personalidad; pero ahora resulta más difícil que antes.

—¿Más difícil?... ¿A qué es debida esa dificultad?

—A que el señor Chilcote ha muerto.

Esta noticia, que en otro tiempo habría llenado de pesar el corazón de Eva, la recibió en aquel momento

con una serenidad que hasta a ella misma le sorprendió.

Inquirió detalles, y el criado le refirió cómo había muerto su esposo y el cambio de nombres que había hecho la patrona, tomando a Chilcote por Loder.

Cuando terminó de explicarle todo, Eva quedó unos momentos pensativa y el criado le preguntó:

—¿Piensa la señora asistir al entierro de su esposo?

—Pienso hacerlo; pero sin que nadie lo sepa. Lo importante ahora es retener en la casa a Loder...

—Será difícil, porque creo comprender el motivo por el cual él huye.

Eva lo miró, interrogándole con la vista, y Brock continuó diciéndole:

—El motivo es que el señor Loder huye de la señora.

—¿De mí?... ¿Por qué?—preguntó ella, aunque interiormente adivinó la causa.

—Es fácil de comprender—le dijo el criado: la señora es joven, él lo es también...

No quiso seguir más adelante, por no cometer una indiscreción, y Eva le dijo:

—Puede marcharse, y le ruego que de esta conversación no diga nada a nadie.

—Descuide la señora, puede fiar de mi silencio.

Salió de la habitación de Eva y fué

en busca de Loder, que al verlo le dijo:

—Bueno, la mascarada ha terminado ya, Brock... Ya puedo marcharme.

—Imposible, señor—respondió el criado.

—¿Cómo que imposible?... ¿Qué sucede?

—Pues sucede que Juan Loder ha muerto. Hace una hora poco más o menos que ha dejado de existir.

—¿Está usted loco?—exclamó Loder.

—Puede usted verlo si va al Registro civil. Allí verá su partida de defunción. Murió el señor Chilcote, y la patrona dió su nombre al médico.

—Pero usted... ¿por qué no ha deshecho el error?

—Porque creí que en todo esto había algo más que una mera casualidad... Creí que era la misma Providencia la que guiaba los hechos y no quise interponerme a ello... Usted puede hacer todo lo mucho que él no pudo hacer... Hágame caso y quédese aquí como si fuera el verdadero Chilcote.

—Pero, yo no puedo seguir viviendo esta mentira... Traficar con el nombre de otro es innoble... En mi vida no tengo nada de qué acusarme y no quiero que sea esta la primera falta que cometa.

—Después de todo no haría usted

otra cosa que usar un apellido que llevaba su abuelo.

—Lo sé—respondió Loder, pensando en Eva—; pero hay otras razones que usted no puede comprender.

—¿Se refiere usted a la señora Chilcote?—le preguntó el criado.

—Tal vez—respondió Loder.

—Entonces, quizá ella le convenza mejor que yo...

En aquel momento se presentó Eva, y al ver a Loder dispuesto para marcharse, le preguntó:

—¿No me dijiste que esperabas a Fraser y Lakely?

—Sí—replicó Loder—; pero ahora he pensado que me conviene un paseo antes de hablar con ellos.

—Y yo le estaba convenciendo para que se quedase—intervino el criado—. Podría perderse entre la niebla de Londres.

—Además—exclamó Eva acercándose a él—, yo quiero que se quede usted aquí, Juan Loder.

—¿Sabe usted?—preguntó Loder, bajando la cabeza avergonzado.

—Sí, Brock me lo contó todo.

—¿Y le dijo que su esposo había muerto?—preguntó Loder.

—También, y quiero ser sincera. Quisiera poder decir lo que siento, pero no es así. En este instante experimento un gran consuelo, al saber

que existe un hombre tan leal y sincero como usted.

—No lo fuí desde el momento en que no le dije desde el primer día la verdad.

—Pero yo bendigo esa mentira, que me hace ser ahora feliz.

Loder no cabía en sí de gozo. ¿Era posible que aquella criatura a quien tanto adoraba le amase también a él? Fué a abrazarla, pero en aquel instante sonó el timbre de la puerta, y apareció poco después Fraser y Lakely, que le dijeron:

—Hay grandes acontecimientos, amigo Chilcote... Queremos que sal-

ga esta noche para Ginebra... Necesitamos ahora mismo su respuesta.

Loder se quedó mirando a Eva, y al fin se volvió a su amigo político y le dijo:

—Eso depende exclusivamente de lo que disponga mi mujer.

—Por mi parte, que acepte... Será un viaje espléndido... Recordaremos nuestra primera luna de miel.

Y mientras que Lakely y Fraser salían para llevar la respuesta al Comité del partido, los dos enamorados se abrazaban amorosamente pensando que aquel abrazo sería el que los uniría para toda la vida.

FIN

PROXIMO NUMERO:

La famosa novela de gran fama mundial

El collar de la Reina

Creación de la excelente artista

DIANA KARENNE

EN PRENSA:

LOS DOS NUEVOS ÍDOLOS DEL PÚBLICO EN UNA MISMA NOVELA

LA NOVIA UNIVERSITARIA

Todo el optimismo de la juventud expresado por la estrella más moderna y deliciosa

MARY CARLISLE

y el nuevo ídolo del público femenino

BUSTER GRABBE

que cual bello y apuesto Apolo ha acaparado todas las simpatías.

Si no ha leído usted las grandes aventuras del varonil y simpático

Buster Grabbe

pídalas hoy mismo

El hombre león Tarzán de las fieras

PIDA HOY MISMO EL

CATALOGO ILUSTRADO de Ediciones Biblioteca Films 1934

Editorial "ALAS" - Apart. 707 - Barcelona

SELECCION FILMS DE AMOR

36 páginas de texto - Ilustraciones en papel
couché - Portada a todo color - 50 céntimos

AVE DEL PARAISO	Dolores del Río.
BOMBAS EN MONTECARLO	Kathe de Nagy.
EL PRINCIPE DE ARCADIA	Liane Haid.
LA INSACIABLE	Carole Lombard.
EL VENCEDOR	Jean Murat.
EL TIGRE DEL MAR NEGRO	George Bancroft.
TENTACION	Joel Mac Crea.
ESTUPEFACIENTES	Jean Murat.
EL HECHIZO DE HUNGRIA	Gustav Froelich.
EL MALVADO ZAROFF	Fay Wray.
EL GRAN DOMADOR	Anita Page.
LA MUJER DESNUDA	Fiorelle.
NOCHE DE GRAN CIUDAD	Jacqueline Francell
VERONICA (La florista)	Franzeska Gaal.
LUCES DEL BOSFORO	Gustav Froelich.
PAPRIKA (Granito de sal)	Franziska Gaal.
ESPIAS EN ACCION	Brigitte Helm.
VIAJE DE IDA	William Powell.
LOS NIBELUNGOS	Paul Richter.
HOY O NUNCA	Jean Kiepura.
EL DIAMANTE ORLOW	Ivan Petrovich.
EL ZAREWITSCH	Martha Eggerth.
SAGRARIO	Ramón Pereda.

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Remita el importe en sellos de correo y cinco céntimos para
el certificado. Franqueo gratis.

CANCIONERO POPULAR

El primero en su género y el que todos imitan

32 Páginas de texto: 30 cts.

VEINTE CANCIONES CADA CUADERNO

Carlos Gardel	El Cante Jondo	Olvido Rodríguez
José Mojica	Carlos Gardel	Josefina Baker
Roberto Rey	(Nuevos tangos)	Juan B. Giliberti
Blanca Negri-Alady	Dolly Haas	Conchita Piquer
Enriqueta Serrano	Lupe Rivas Cacho	Gaynor - Farrell
Felisa Galé	Mercedes Serós	Olimpia de Córdoba
Orquestina Planas	Custodia Romero	Goyita Herrero
L. Harvey-H. Garat	Emilio Sagi-Barba	Raquel Meller
Maurice Chevalier	Marcos Redondo	Elvira de Amaya
Rampér	Marlene Dietrich	Argentinita
Azucena Maizani	Agustín Irusta	Miguel Fleta
Mario Visconti	Luisita Estesó	Meg Lemonnier

NUMERO EXTRAORDINARIO

Precio 0'60 ptas.

Dedicado a *Imperio Argentina*

ALMANAQUE 1933

Precio UNA peseta Dedicado al genial estilista *Carlos Gardel*

CANCIONERO 1933 - 1934

Carmelita Aubert	Niño de Marchena
Carlos Gardel	José Mojica
Imperio Argentina	Eduardo Brito
Margarita Carbajal	Magaldi - Noda
Estrellita Castro	Irusta - Fugazot - Demare
Reyes Castizo «La Yankee»	Emilio Vendrell
Trini Moren	Eduardo Bianco
Elsie Bayron	

ALMANAQUE 1934

Dedicado a los célebres artistas

Imperio Argentina - Celia Gámez

CARLOS GARDEL

Azucena Maizani - Libertad Lamarque

PEDIDOS A

Editorial ALAS - Apartado 707 - Barcelona

Envíenos números sueltos y colecciones, completas, previos
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LA MAS AMENA

PORTADA A TODO COLOR

LA MAS SELECTA

PRECIO DE CADA TOMO
UNA PESETA

MENTIRAS DE NINA PETROWNA	Brigitte Helm	ESPERAME	C. Gardel
EL LOCO CANTOR	Al Jolson	AMAME ESTA NOCHE	M. Chevalier
LOS PECADOS DE LOS PADRES	Emil Jannings	UN "AS" EN LAS NUBES	Billa Dove
EL DESFILE DEL AMOR	Chevalier	LA COMEDIA DE LA VIDA	Fiorella
EL AMOR Y EL DIABLO	Marta Corda	UNA NOCHE CELESTIAL	John Boles
LA INTRUSA	Gloria Swanson	POR LA LIBERTAD	Luis Trenker
LA MARSELLA	L. La Plante	EL MARIDO DE MI NOVIA	Marie Glory
ME PERTENECES!	F. Bertini	PRESTIGIO	Adolphe Menjou
LA FIERRECILLA DOMADA	Mary-Douglas	ROCAMBOLE	Rolla Norman
UN HOMBRE DE SUERTE	Roberto Rey	14 DE JULIO	Rene Clair
CASCARRABIAS	E. Vliches	REDIMIDA	Frederich March
NOCHES DE NEW-YORK	N. Talmadge	EL MILAGRO DE LA FE	Hobart Bosworth
LA MUJER EN LA LUNA	Willy Fritsch	LA VENUS RUBIA	M. Dietrich
EL ZEPHELIN PERDIDO	Conway Tearle	RASPUTIN	Conrat Veldt
LAS LUCES DE LA CIUDAD	Charlie Chaplin	LA AMANTE INDOMITA	Bebe Daniels
SU NOCHE DE BODAS	I. Argentina	MERCED	J. Santpere-Arcos
DON JUAN DIPLOMATICO	C. Montalban	SUEÑO DORADO	Lillian Harvey
EL EMBRUJO DE SEVILLA	Ladron de Guevara	CORRESPONSAL DE GUERRA	Jack Holt
LA ULTIMA ORDEN	Emil Jannings	UNA MUJER PERSEGUIDA	Vivian Gibson
NAUFRAGOS DEL AMOR	J. Mac Donald	UNA MUJER CAPRICIOSA	C. Colbert
EL CABALLERO DE FRAC	Roberto Rey	LABIOS SELLADOS	Clive Brook
EL COMEDIANTE	E. Vliches	¿DELINCUENTE?	Boris Karloff
LUCES DE BUENOS AIRES	Carlos Gardel	CRUEL DESENGAÑO	B. Stanwyck
EL TENIENTE SEDUCTOR	Chevalier	INDISCRETA	Gloria Swanson
EL SECREARIO DE MADAME	Willy Forst	EL DOCTOR ARROWSMITH	Ronald Colman
LA ABLESIANA	José Noguero	DIPLOMATICO DE MUJERES	Marta Eggerth
ENTRE NOCHE Y DIA	Elena D'Alay	LA ULTIMA ACUSACION	John Barrymore
LOS QUE DANZAN	A. Moreno	LA HIJA DEL DRAGON	Ana May Wong
AL ESTE DEL BORNEO	C. Blackford	¿QUE VALE EL DINERO?	G. Bancroft
M. (El Vampiro de Düsseldorf)	P. Lorre	VIAJE DE NOVIO	Brigitte Helm
LA DAMA ATREVIDA	E. Pereda	PASTO DE TIBURONES	Edward Robins
FATALIDAD	M. Dietrich	EL ROBINSON MODERNO	D. Fairbanks
EL PRINCIPE GONDOLEO	Roberto Rey	SOLTERO INOCENTE	M. Chevalier
SVENGALI	J. Barrymore	I. F. I. NO CONTESTA	Charles Boyer
CARNE DE CABARET	Lupita Tovar	MELODIA DE ARRABAL	Argentina Gardel
EL DOCTOR FRANKENSTEIN	B. Karloff	EL SIGNO DE LA CRUZ	March, E. Lang
PAGADA	Joan Crawford	TODO POR EL AMOR	J. Klepura
CATOLICISMO	G. Froelich	DANTON	J. Grotilla
KISMET	Loretta Young	ESTRELLA DE VALENCIA	Brigitte Helm
CIMARRON	Richard Dix	CASADA POR AZAR	Clark Gable
EL TENIENTE DEL AMOR	G. Froelich	KING-KONG	Fay Wray
DIRIGIBLE	Jack Holt	YO Y LA EMPERATRIZ	Lillian Harvey
LA DAMA DE UNA NOCHE	F. Bertini	MADAME BUTTERFLY	Sylvia Sydney
NACIDA PARA AMAR	C. Bennet	EL BESO ANTE EL ESPEJO	Nancy Carroll
AVENTURAS DE TOM SAWYER	Jackie Coogan	VAMPIRESAS 1933	Warren Williams
MARIUS	Raimu	S. O. S. ICEBERG	Rod Laroque
UNA MUJER DE EXPERIENCIA	Nancy Carroll	AMORIOS (Liebeley)	Magda Schneider
EL ANGEL DE LA NOCHE	H. Twelvetrees	MATER DOLOROSA	Lina Noro
UNA CANCION, UN BESO, UNA MUJER	G. Froelich	LA ISLA DE LAS ALMAS PERDIDAS	Charles Laughton
UNA HORA CONTIGO	M. Chevalier	VUELAN MIS CANCIONES	Martha Eggerth
DOS CORAZONES Y UN LATIDO	Lillian Harvey	DIME QUIEN ERES TU	Liane Haid
RONNY	Kathe de Nagy	NACIDA PARA PECAR	Mae West
ATLANTIDA	Brigitte Helm	ANDIENCIA IMPERIAL	Martha Eggerth
EL EXPRESO DE SHANGHAI	M. Dietrich	EL SECRETO DEL DR. MABUSE	Fritz Lang
COCKTAIL DE CELOS	C. Bennet	EL RESUCITADO	Boris Karloff
UN CHICO ENCANTADOR	Henry Garat	PARIS-MONTECARLO	Henry Garat
LA REINA DRAGA	Pola Negri	FELIPE DERBLAY	Gaby Morlay
VICTORIA Y SU HUSAR	I. Petrowich	GUERRA DE VALSES	Willy Fritsch
EL CONGRESO SE DIVIENE	Lillian Harvey	MARIA	Annabella
REMORDIMIENTO	P. Holmes	TANZAN DE LAS FIERAS	Buster Grabbe
¿QUE PAGUE EL DIABLO!	Ronald Colman	UNA VIDA POR OTRA	Nancy Torres
EL IDOLO	John Barrymore	EL AGUA EN EL SUELO	Maruchi Fresno
BAJO FALSA BANDERA	Richard Dix	LA MASCARA DEL OTRO	Ronald Colman
MANCUBRIA	Frederich March	UNA DE NOSOTRAS	Brigitte Helm
EL HOMBRE Y EL MONSTRUO	Sylvia Sydney		
DAMAS DEL PRESIDIO	Charlotte Sue		

EDITORIAL "ALAS" Apartado de Correos 707
Valencia, 234 - Barcelona
Servimos números sueltos y colecciones con pletas, previo envío del importe en sellos de correo Remitan cinco céntimos para el certificado Francos gratis.

SOLAMENTE EN
Ediciones BIBLIOTECA FILMS
y
Selección FILMS DE AMOR

aparecen las nuevas estrellas
en sus más portentosas creaciones.

MARLENE DIETRICH

FATALIDAD
EL EXPRESO DE SHANGHAI
LA VENUS RUBIA

MARTHA EGGERTH

DIPLOMATICO DE MUJERES
VUELAN MIS CANCIONES
AUDIENCIA IMPERIAL

FRANCISKA GAAL

VERONICA (La florista).
PAPRIKA (Granito de sal).

MAE WEST

NACIDA PARA PECAR (Lady Lou)

MAGDA SCHNEIDER

AMORIOS (Liebeléi).
HOY O NUNCA

LINE NORO

MATER DOLOROSA

GABY MORLAY

FELIPE DERELAY

Ediciones BIBLIOTECA FILMS.—1'00 peseta
Selección FILMS DE AMOR.—50 céntimos

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

PRECIO
ACTUAL 2 -- pts.

UNA Peseta